

EJERCITO MEXICANO

27

CIÓN

05

F1227

.5

H4

0820



1020001599



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



108205

F1227

5
H4



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

OPINION DE "EL IMPARCIAL" ACERCA DE ESTE LIBRO

LOS HEROES RECLUTAS
SERVIRAN DE EJEMPLO A LOS ACTUALES

"La ciudad de Zacatlán, del Estado de Puebla, fué teatro de continuos combates durante la guerra contra la Intervención Francesa.

"Estando en ella los Generales republicanos don Rafael Cravioto y don Fernando Ortega, con el fin de entregar el primero al segundo el gobierno militar de dicho Estado, se supo que una fuerza de austriacos y traidores avanzaba sobre la ciudad. Los Generales Ortega y Cravioto resolvieron evacuarla y así lo hicieron á toda prisa, al mismo tiempo que el enemigo la invadía, de modo que imperialistas y republicanos salían de la población batiéndose hasta que éstos pudieron tomar posiciones estratégicas.

"En la confusión que se produjo entre las tropas republicanas al desocupar la ciudad, tuvo lugar el siguiente episodio:

"Al ser evacuada la plaza, el oficial ó ayudante encargado de hacer retirar la fuerza, sea por distracción ó por miedo, pues la desocupación se verificó precipita-

damente, á la vista del enemigo, dejó olvidado á un centinela que hacía su guardia en una de las trincheras principales. Ocupada la población en los términos que dejamos consignados, fué abandonada por la tarde, y al ser recuperada por los republicanos, se halló á ese valiente centinela, esclavo de su deber, en su puesto, que no abandonó, y en el que no obstante la presencia del invasor, se mantuvo impávido durante el día."

Relato es este hermoso y sencillo que nos demuestra la disciplina y valentía del soldado mexicano en épocas cruentas y duras de lucha y de sacrificio para la Patria. Y estos ejemplos, hasta la fecha, casi permanecen ignorados, y los nombres de los que hazañas tales han realizado, están oscurecidos por el tiempo y por el olvido. Pero la labor noble de un humilde empleado de la Secretaría de Guerra, que se ha inspirado en idea digna de elogio, va á sacarlos del olvido en que yacen y á presentarlos como ejemplos que deben imitarse, á los soldados de nuestro ejército.

En forma anecdótica se presentará á las clases de tropa del Ejército Mexicano, el relato de las hazañas y hechos históricos realizados en tiempos de lucha, por solda-

dos como ellos, rudos y sin ilustración, pero patriotas y valientes. Así se procurará levantar el espíritu del soldado raso mexicano, por medio de la emulación, dándole á conocer los actos de valor y de heroicidad ó de ingenio que han llevado á cabo los mismos soldados del ejército de nuestro país.

Estos episodios han sido entresacados de las Memorias de algunos militares muy conocidos, como el General Sóstenes Rocha, y después de seleccionados, se han ordenado en forma anecdótica, cuya narración se adapta perfectamente á la intelectualidad del recluta y del soldado mexicano. Su forma es sencilla, llana y sin rebuscamientos literarios, de manera que sea fácilmente comprensible para los que el libro será dedicado.

Así, vemos, por ejemplo, cómo nos cuenta la hazaña realizada por un charro, cuando la invasión norteamericana. Los ejércitos contendientes hallábanse acampados en la Angostura, y los fuegos habían sido suspendidos á causa de una fuerte lluvia que habíase desatado. "De una de las barrancas inmediatas salió entonces, nos dice el libro de Pichardo, al camino, un hombre á caballo con vestido de

paisano, y, á todo correr, tomó dirección de la batería enemiga que en aquellos momentos hacía fuego contra otra de nuestro ejército.

“Todos creyeron que fuera algún explorador del enemigo que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, rebolió su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas, que afortunadamente no le tocaron.

“Los nuestros, entre tanto, llenos de admiración, no apartaron la vista de aquel temerario que volvía á todo correr, á nuestro campo.

“Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en Artillería, en calidad de conductor de parques, con el carácter de sargento segundo.

“Tuvo ganas, según dijo, de traerse un yanqui prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo aquel día.”

Y en otra de sus páginas nos transcribe un diálogo de sabor enteramente á pólvora, tomado de las Memorias del General

Rocha y en el que nos cuenta la amistad sincera, fraternal y decidida que dos soldados de su compañía se tenían entre sí.

“Algunas veces,” nos dice el General Rocha, “los llamaba yo á mi pabellón para que me contaran sus campañas, cosa que hacían con gusto, sin hacerse en lo más mínimo del rogar y en un estilo sencillo pero lleno de interés: Ambos creían deberse la vida mutuamente, Parejas, (este era el nombre de uno de ellos), me decía una vez:

“Ay, mi Capitán, si viera su mercesita qué surra de balazos nos dieron los “angulos” (angloamericanos) en el ataque á Monterrey el año del 47! Nuestros soldados caiban como maíz, y el ruido que las balas hacían cuando tocaban nuestros fusiles ó nuestras bayonetas, parecía redoble.

—“Pero, ¿y ustedes no les contestaban de la misma manera? pregunté yo.

—“Sí, mi Capitán, y caiban á montones; pero parece que la tierra los brotaba, y mientras más tumbábamos, más se nos echaban encima; sobre todo, abanderados les matábamos muchos, y era de verse, mi Capitán, que sus banderas subían y bajaban como bimbaletes.

“Agapito (este era el nombre del otro) interrumpió á Parejas, y dirigiéndose á mí, dijo:

—“En esa acción, mi Capitán, mi aparcerero Parejas me salvó la vida.”

—“Como estuvo eso?—le pregunté yo, Refiéremelo.”

—“Estábamos apostados por el Ojo de Agua, señor, y ya habíamos rechazado tres veces al enemigo, matándole tanta gente que el suelo negreaba; pero derrepente, se nos echaron tres columnas muy gruesas, y una de ellas como queriéndonos cortar la retirada para el centro de la ciudad; entonces nos retiramos todos en bola, pero batiéndonos á la bayoneta con la cabeza de una de aquellas columnas, y yo, por venir volteando á retaguardia para ver un “ángulo” que venía muy de cerca, tropecé con un montoncito de adobes y callí boca abajo. El yanqui se me echó encima y ya levantaba la bayoneta para clavármela, cuando mi aparcerito, que venía junto de mí, le sorrajó un tiro á boca de jarro que lo atirantó echándolo sobre mí”.....

Con esta narración, tan sencilla y significativa, ilustra al soldado sobre la conveniencia que tienen de buscarse un camarada que en los combates pueda serles tan

útil así, que en trances peligrosos, pueda librarlos de la muerte con verdadera abnegación en razón de los lazos fraternales que entre ellos deben existir.

Casi todos los héroes de estas hazañas son desconocidos y sus actos de valentía permanecen ignorados para todos. Pípila, el valiente muchaho, héroe de Granaditas, figura en primera página, y su intrepidez y arrojo puestos al servicio de la causa insurgente, está descrita con la misma sencilla elocuencia de que hablamos.

Todos estos ejemplos, dejarán, sin duda, en la imaginación del soldado, huella muy profunda y sus resultados serán provechosos.

“El soldado debe tener muy presente, que de pendenciero á valiente hay una enorme diferencia. Sucede, generalmente, que el que está siempre dispuesto á querellarse é ir á las manos contra sus camaradas, es el que menos peleará con el enemigo el día del combate. Desde que el soldado llega á su compañía ó escuadrón, sus maneras, sus acciones y sus costumbres, deben tender á crearse simpatías entre sus iguales, y consideraciones y aprecio entre sus superiores; para conseguir lo primero, el trato dulce, comunicativo,

la sinceridad en todo; huír á todo trance de las pendencias, participar gustoso de las fatigas y penalidades de sus compañeros, auxiliarlos en todo aquello que se pueda, es la mejor garantía de buen éxito. Para conseguir lo segundo, debe ser respetuoso y servicial sin humillación, ciego y obediente al mando, no murmurar jamás de sus superiores ni hablar de sus iguales; soportar con agrado las fatigas del servicio, manifestar sangre fría en los momentos solemnes del peligro y cumplir con exactitud todos los deberes de la profesión. Observando estas máximas se conquistará muy pronto, no sólo la consideración sino hasta el cariño de sus jefes y oficiales; así vivirá feliz, relativamente; conservará intacta su moral, y por lo mismo, su valor no sufrirá menoscabo alguno."

Este pequeño libro fué presentado por su autor, el señor Jorge S. Pichardo, á la Secretaría de Guerra para su estudio y con el objeto de que en caso de encontrarlo útil y eficaz, sea destinado á servir de libro de lectura en las escuelas de tropa que existen establecidas en nuestro Ejército. Es probable que la obrita será aceptada.

HECHOS ILUSTRES

DE LA

CLASE DE TROPA

DEL

EJERCITO MEXICANO



MEXICO

TIP. D. HDEZ. MEJIAL

1909

F 1227 ✓

.5

H4



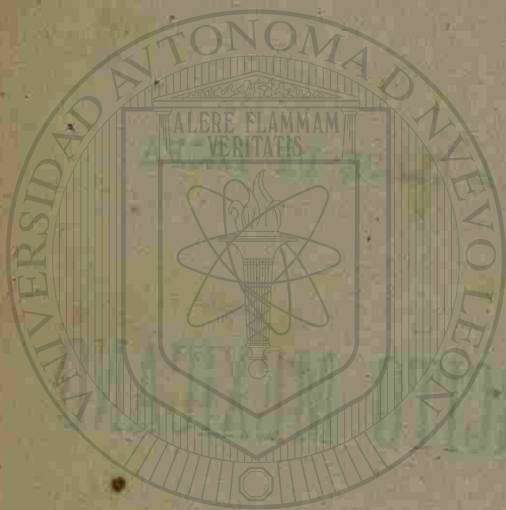
A LA CLASE DE TROPA

DEL

EJERCITO MEXICANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PREFACIO.

ESTE PEQUEÑO libro tiene por objeto dar á conocer á los soldados, cabos y sargentos que reciben instrucción en las Escuelas de Tropa del Ejército Mexicano, las virtudes militares, por medio del ejemplo que en la práctica de ellas, dieron los de su clase en los campos de batalla. Contiene episodios ocurridos en la Guerra de Independencia, la Invasión Norteamericana, nuestras contiendas civiles posteriores, la Intervención Francesa, y por último, uno que tuvo lugar hace poco tiempo y del cual habló la pren-

sa llenando de merecidos elogios á su protagonista, el aprendiz de fogonero, Julián Santos.

Creemos que esos ejemplos de valor, abnegación, amor á la bandera, etc., han de contribuir eficazmente á la educación militar de los individuos de tropa, y que, llegado el caso, los estimularán á imitar el brillante comportamiento de sus congéneres.

Toca á los señores profesores de dichas escuelas, cuyo empeño por el cumplimiento de su alta misión nos es conocido, explicar con la mayor claridad posible á sus discípulos, después de la lectura de un episodio, lo que es abnegación, disciplina, confraternidad militar, etc., según el asunto de que se trate en él; procurando despertar en su espíritu el sentimiento de la emulación.

Lamentamos que, por no abundar en los libros de Historia Patria episodios de soldados, cabos y sargentos, no hayamos podido consignar en esta obrita modelos de todas las virtudes militares, pero hemos suplido los que faltan con doctrinas de libros selectos que tratan de la materia.

Los "Hechos ilustres de la clase de Tropa del Ejército Mexicano" terminan con el Himno Nacional, que en nuestro humilde concepto, no solamente deben leer los educandos, sino aprender de memoria, como se hace en las escuelas primarias elementales del Distrito Federal.

La «Cartilla Militar,» propuesta por el Gran Estado Mayor del Ejército de la República Argentina, y admitida por el Gobierno de aquel país para uso de los institutos y escuelas superiores, medias y elementales del mismo, dice en su pág. 112.

«Todas las naciones tienen un canto patriótico ó guerrero. Nosotros tenemos el himno decretado por la Asamblea Constituyente del año de 1813, escrito por Vicente López y Planes y música de Blas Parera, que hoy se canta en las escuelas públicas con las limitaciones impuestas por el decreto del P. E. fecha 30 de Marzo de 1900.

«Llevando adelante su propósito de hacer de nuestro país una nación distinta de la nación española, mandó la Asamblea que los poetas de más fama que tenía en su seno le presentasen dos proyectos de himno nacional para que los pueblos los cantaran, se aprendieran de memoria en las escuelas y en los cuarteles, y se robusteciese así el espíritu, el entusiasmo y el amor á la patria, de los soldados, de los niños y de las familias.»

La mente de la referida Asamblea fué, pues, que el himno que se declarara nacional, se aprendiese de memoria también en los cuarteles, como nosotros nos permitimos proponerlo respecto del himno nacional mexicano, para avivar el amor patrio en el ánimo de la tropa y enardecer su valor en los combates.

México, enero de 1909.

EL AUTOR.



GUERRA DE INDEPENDENCIA.

EN el año de 1810 ejercía el español don Juan Antonio Riaño el cargo de Intendente de la provincia de Guanajuato. Existe en la ciudad de este nombre, un edificio cuadrilongo de dos pisos, vasto y sólido, con dos puertas y una línea de ventanas en cada uno de los cuatro muros de ambos pisos. Se le conoce con el nombre de Alhóndiga ó Castillo de Granaditas.

En este edificio se preparó á la defensa el intendente Riaño, cuando supo que el Cura don Miguel Hidalgo y Costilla había proclamado la revolución de independencia en el pueblo de Dolores; pues al instan-

te previó que los subleados no tardarían en embestir la opulenta ciudad. En efecto, después de apoderarse los revolucionarios de algunas poblaciones, marcharon sobre Guanajuato, llegando el 28 de septiembre del citado año de 1810 á la Hacienda de Burras. Desde este punto intimó Hidalgo la rendición de la plaza, y siguió avanzando con su ya numeroso ejército hasta la cañada de Marfil, donde recibió la contestación negativa de Riaño, por lo cual dió la orden de ataque.

La gran muchedumbre invadió la ciudad ocupando unas fuerzas los cerros que dominan la Alhóndiga y las casas inmediatas á ésta; el resto del ejército se lanzó á batir la hacienda de Dolores, así como las trincheras de los Pocitos, de Belem y el Puente de Palo, que había mandado construir el Intendente.

La pelea empezó en la calle de Belem, al frente de cuya trinchera caían muertos ó heridos muchos de los insurgentes. Entretanto, las multitudes que cubrían el cerro del Cuarto, tiraban con honda y á mano tal cantidad de piedras sobre los realistas situados en la azotea de la Alhóndiga, que excedía á la más espesa granizada. No pudiendo los defensores de las trincheras resistir el empuje de los asaltantes, se refugiaron en el interior del Castillo. Lo mismo hicieron los de la azotea, cerrándose la puerta principal del fuerte, pues la otra había sido tapiada. Al ver el movimiento de retirada los sitiados, se precipitaron por todas las avenidas hasta la base del edificio, de cuyas ventanas les hacían vivo fuego de fusilería sus contrarios y les arrojaban frascos de hierro cargados de pólvora, á manera de grana-

das de mano, que al estallar, causaban grandísimo estrago en los apiñados combatientes. Muchos de éstos, ébrios de rabia, se esforzaban inútilmente en derribar la puerta principal, que además de ser muy sólida, había sido reforzada interiormente por los sitiados. Viendo con suma inquietud Hidalgo que esta operación se prolongaba demasiado, manifestó el deseo de que se consiguieran barras para efectuarla. Entonces un minero á quien sus compañeros de trabajo llamaban PIPILA, (un soldado raso,) se ofreció á efectuarla sin emplear esos instrumentos para lo cual se proveyó de aceite, rajas de ocote, pajuelas y una losa. Se puso ésta sobre la espalda, y arremetido á la pared, se fue acercando, sin que los frascos de hierro que reventaban constantemente á su lado, logran detenerlo. Llegó por fin á la puerta, la untó

de aceite, y le puso fuego. Inmediatamente que las llamas dejaron ver al enemigo, los asaltantes, lanzando espantosos gritos de venganza, invadieron la Álhóndiga y mataron sin piedad á casi todos los que defendían en ella la dominación española.

La Patria recuerda con gratitud la brillante hazaña de PIPILA, y la ciudad de Guanajuato, apreciándola dignamente, le ha erigido una estatua en el jardín que adorna el patio del histórico y viejo Castillo.

SOLDADO QUE INTENTA SALVAR

❖ A SUS COMPAÑEROS ❖

RO SOLAMENTE Pípila se distinguió en el sangriento ataque al Castillo de Granaditas; también otro insurgente que tomaba parte en el

asalto, nos dejó un bello ejemplo de abnegación que no debemos olvidar.

No obstante que había visto los terribles efectos que causaban en la muchedumbre los frascos de hierro, se arrojó sobre uno que cayó á su lado, y abrazándose de él, hacía esfuerzos para desprenderle con los dientes la espoleta encendida, con el noble intento de salvar la vida de sus compañeros que se hallaban en la zona peligrosa; pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque el frasco reventó antes, haciéndolo mil pedazos.

SOLDADO QUE SE APODERA DE UNA BATERIA ENEMIGA

DESPUES de haber derrotado el general Morelos en la costa grande del hoy Estado de Guerrero, á las

fuerzas realistas que habían sido destinadas á perseguirlo, salió de aquella zona, y se dirigió con sus tropas á la ciudad de Chilpancingo.

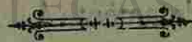
El coronel don Hermenegildo Galeana que había sido destacado con parte de las tropas para proveerse de víveres en la Hacienda de Chichihualco, fué sorprendido en ella por el comandante español Garrote; pero, auxiliado por los Bravo, dueños de la Hacienda, logró desbaratarlo completamente.

Morelos ocupó á Chilpancingo, y de este punto marchó rápidamente á Tixtla, donde se decidió á esperarlo el comandante Garrote.

Ruda y tenazmente embistió el ejército insurgente á la ciudad de Tixtla, pero al cabo de seis horas de asalto tuvo que suspender el ataque por habersele agotado la

pólvora. Un soldado insurgente que se dió cuenta de la causa por la cual no se continuaba el asalto, se echó á tierra, y arrastrándose cautelosamente, llegó al lugar en que una batería contraria hacía fuego. Mata de un fusilazo á uno de los artilleros, huyen los demás, despavoridos, y él se apodera de la batería y de un gran saco de pólvora que sirvió para reanudar el ataque, hasta que se tomó por completo la ciudad.

Hermoso rasgo de valor que da idea de lo que influye la iniciativa del soldado en el buen éxito de las operaciones militares, cuando se lleva á cabo sin perjuicio de la disciplina.



Un Soldado que sirve de cureña.

EL 11 de abril de 1811, el general insurgente don Ignacio Rayón y el famoso brigadier don José Antonio Torres se acercaron á la ciudad de Zacatecas con el fin de tomarla. Al tener noticia de este movimiento el comandante realista Zambrano, que era el jefe de la tropa que guarnecía la ciudad, salió de ella y se hizo fuerte en un cerro inmediato al del Grillo, donde el valiente brigadier Torres lo sorprendió por la noche, derrotándolo completamente.

“Cuéntase como anécdota, que al dar el asalto se quiso hacer uso de un cañón

pequeño, cuya cureña se había roto, y que un soldado apoyando las manos y las rodillas en el suelo, hizo que sobre la espalda le pusieran el cañón, para servir del útil destrozado. Disparóse el arma, y con el retroceso se le lastimó el espinazo. Lastimado de gravedad, preguntó el soldado si el disparo había surtido el efecto apetecido; á la respuesta de que sí, contestó: “ahora sí muero con gusto.” (Diccionario Universal de Geografía é Historia.)

**Joaquín Ruiz asistente del General
Don Ramón Rayón.**

ABNEGACION

ZITACUARO, pintoresca población del Estado de Michoacán, fué cuna del primer gobierno nacional que tuvimos y que estableció en 19 de agosto

1811 el general don Ignacio López Rayón, para servir de centro directivo de las operaciones de la Guerra de Independencia.

Serios temores infundió al entonces virrey don Francisco Javier Venegas la instalación de aquella junta, por lo cual dió órdenes terminantes al general español don Félix María Calleja, para que organizase una fuerte división y marchara sobre Zitácuaro, que ya había sido atacada otras veces sin éxito.

Tras una marcha penosísima, llegó el jefe español á las cercanías de Zitácuaro el 1^o de enero de 1812, reconoció las fortificaciones de la plaza, y el día 2 la batió por el frente y la retaguardia. Aunque los insurgentes sostuvieron una lucha reñidísima, causando grandes estragos con su artillería á las tropas del Rey, no pudieron contener á estas en su avance, tanto por

no tener suficientes fusiles para aumentar el fuego mortífero de sus cañones, como por haber sido sorprendidos por la retaguardia; y al fin, se vieron obligados á ponerse en fuga, dejando al enemigo toda la artillería, municiones y cien hombres entre muertos y heridos.

Os he referido sucintamente este memorable acontecimiento, porque en él se abrió paso á la inmortalidad uno de vuestros compañeros, salvando valientemente la vida al general don Ramón Rayón, hermano de don Ignacio, general en jefe de las fuerzas derrotadas.

Leed el siguiente relato:

“Don Ramón Rayón hizo durante el combate prodigios de valor, y no se retiró sino cuando vió retroceder atropelladamente y en confusión la línea que atacó la división de las reservas. En estos mo-

mentos una bala de cañón abrió por el pecho el caballo que montaba, y dió tan fuerte caída que lo tuvieron por muerto, y de sus resultas perdió un ojo: DEBIO LA VIDA A SU ASISTENTE JOAQUIN RUIZ (un soldado raso), que lo puso en salvo aunque recibiendo él mismo cinco heridas. (México á través de los Siglos, Tomo III, pág. 274.)

SERVICIOS EMINENTES

HONRAN en alto grado á nuestra valiente clase de tropa, los grandes servicios que prestó como soldado raso, un indio de Noyóo (Distrito de Tlaxiaco), en el glorioso sitio de Huajuapam que sostuvo el coronel independiente don

Valerio Trujano contra los realistas Régules y Caldelas.

Refiere el historiador, Presbítero don José Antonio Gay, que por las noches se pasaba el intrépido indio al campo enemigo y, ocultándose detrás de la tienda del comandante español, oía las disposiciones que éste, después de la cena, dictaba á sus ayudantes. Para acreditar el indio sus relaciones, presentaba á Trujano pimientos ó alguna otra cosa que pillaba en la cocina de Régules. A esto se debió que nunca fueran sorprendidos los insurgentes durante los 111 días que duró el sitio. El jefe español, que no llegó á darse cuenta de tan audaz espionaje, se maravillaba de que todos sus planes de ataque fueran previstos por el coronel sitiado.

En uno de tantos asaltos que sufrió la plaza, el soldado indígena, que era diestro

cazador, mató de un balazo al dominico Soto, que dirigía un cañon en el campo realista.

Cuando ya se le agotaban los víveres al denodado jefe insurgente, y había perdido la esperanza de ser auxiliado, encomendó al valeroso indio la peligrosa comisión de ir á buscar al general Morelos para entregarle un pliego en que le pedía violento socorro. El emisario atravesó con admirable astucia la línea sitiadora, y dando aviso de ello por medio de dos cohetes que quemó, (era la señal convenida), partió luego á su destino. En Chilapa entregó el pliego á Morelos, quien desde luego marchó en auxilio de los sitiados, llegando á las inmediaciones de la villa de Huajuapam el 13 de julio de 1812. El mismo indígena, burlando una vez más la vigilancia de los sitiadores, entró á la villa, y dió

á Trujano la noticia de la llegada del ilustre caudillo, fausto acontecimiento que se celebró con salvas, repiques é iluminación.

El Soldado Faustino Castañeda

UN soldado del ejército de Morelos, llamado Faustino Castañeda, llevó su abnegación más allá que el asistente Joaquín Ruiz, pues sucumbió gloriosamente por librar al general don Hermenegildo Galeana, de un golpe mortal que le dirigió un soldado español en la acción de Tenancingo, que tuvo lugar el 23 de enero de 1812.

Mientras el general Morelos obtenía espléndidos triunfos en su avance hacia el centro del país, los insurgentes que peleaban por la santa causa de la indepen-

dencia cerca de Toluca, al mando del capitán Oviedo, eran derrotados por las tropas realistas que tenían como jefe al coronel don Rosendo Porlier. Con el objeto de auxiliarlos salió Morelos de Taxco, que acababa de tomar Galeana, indicando antes á este insigne jefe y al general Bravo las jornadas que debían hacer con sus respectivas tropas, para atacar simultáneamente al enemigo en el pueblo de Tenango.

Cuando llegó Galeana á Tecualoya, los realistas se apoderaban de Tenango, y los defensores de este pueblo huían en todas direcciones.

Habiendo sabido Galeana que se acercaba Porlier á Tecualoya, "salió con dos compañías á su encuentro, llevando además las reliquias de Oviedo. Porlier atacó á Tecualoya, mas tuvo que retirarse

vista la briosa resistencia de los americanos, que se habían atrincherado.

"En esta sazón no pudiendo sufrir Galeana la pérdida de sus cañones, (que le había quitado el enemigo), salió á recobrarlos, y lo logró apoderándose, además de 50 fusiles, de otros tantos enemigos, que mató. Resolvióse en seguida á atacar á Porlier en Tenancingo, donde fué reforzado con otras partidas, comenzándose la acción por Galeana con increíble denuedo; pero volvió á perder los mismos cañones recobrados dos días antes. En el 22 de enero de 1812 llegó al campo Morelos, y con su presencia aumentó la confianza del ejército. En proporción creció también el brío de los sitiados, á quienes animaba con su ejemplo el valeroso Michele-
na, que había hecho dos salidas muy brillantes, y que al fin fué muerto de un fusi-

lazo en lo más ardiente de la acción. El que le acertó el tiro era un negrito llamado Faustino Castañeda, quien á breve rato murió víctima de su lealtad, interponiéndose á recibir el golpe que un soldado español dirigió contra Galeana.”

(Resúmen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mexicanos, por don Pablo de Mendivil, pág. 108.)

Dos Soldados y un Artillero

EN EL SITIO DE CUAUTLA.

EN el sitio que el general español D. Félix María Calleja puso el año de 1812 á la ciudad de Cuautla de Amilpas, defendida por el general Morelos, ocurrieron los dos hechos siguientes, en que se distinguieron individuos de la clase de tropa.

El primero se desarrolló en la trinchera situada en la Calle del Asalto de Calleja, y que cubría la Plaza de San Diego.

“En medio del fragor del combate en la calle mencionada, el bravo capitán Escoto oyó los gritos de algunos soldados avisando desde la torre del Convento de San Diego, que había sido derribada á cañonazos una parte de la pared que limita por el Poniente al mismo Convento, y que por la brecha se introducían los asaltantes. Corre Escoto con algunos soldados, entre ellos, Lucas Fierro y Pioquinto Bermúdez; se parapetan en una fuente de mampostería que estaba en el patio del convento, y hacen mortíferas descargas sobre la fuerza enemiga. Mientras una parte de la tropa insurgente seguía batiéndose, Escoto con ocho ó diez hombres, subió por la escalera que conducía á un mirador, y desde

este lugar hicieron nutridas y certeras descargas que causaron espantoso estrago á los contrarios, quienes salieron desparvoridos del patio del Convento, llevándose herido al Conde de Alcaraz”.

“En esta gloriosa jornada, se distinguieron, además del capitán Escoto, los soldados rasos Lucas Fierro y Pioquinto Bermúdez, dos héroes humildes, á quienes quizá más tarde exhumará la Historia de la tumba del olvido.”

El lugar en que se verificó el otro brillante hecho, fué el Callejón de Rul, el mismo día del acontecimiento anterior.

La columna del Conde de Casa Rul, protegida por la de Granaderos, rompió el fuego sobre las posiciones del N. E. de la población, logrando entrar por las huertas que colindan con el campo de San Martín, hasta cerca del Callejón del Encanto. (Callejón de Rul).

“El mismo Conde se lanzó con un regimiento de caballería á tomar la trinchera situada en el Callejón, el cual habían abandonado sus defensores, á la sazón empeñados en rechazar á los realistas que avanzaban por las huertas. Solo un joven artillero había quedado detrás de la trinchera en observación del enemigo. Al ver que se aproximaba el regimiento haciendo fuego, dió voces en demanda de auxilio, y como no acudía ninguna fuerza en defensa del punto, y los dragones enemigos estaban ya muy cerca de él, disparó el cañón que se le había confiado.

“Muchos dragones cayeron en tierra, y el Conde de Casa Rul fúe tan gravemente herido, que murió el mismo día del asalto.”

“En el instante en que el joven artillero disparaba el cañón, llega una fuerza que el Señor Morelos había destinado á proteger

los puntos más comprometidos, y rompe un vivísimo fuego de fusil y cañón, matando é hiriendo á muchos de los asaltantes, quienes al fin retrocedieron con mengua de su fama de aguerridos.”

El joven que tan valientemente salvó la trinchera, y por consiguiente, la Plaza de San Diego, se llamaba Narciso García Mendoza, y era originario de Cuautla.” (Plano Histórico del Sitio de Cuautla por J. S. Pichardo.)

Soldado que Mata al Coronel Realista Hevia

EL 24 de febrero de 1821 proclamó D. Agustín de Iturbide el Plan de Iguala, declarando entre otras cosas la independenciam absoluta de la

Nueva España, nombre de nuestro País desde que lo conquistó el capitán D. Hernando Cortés.

Ese plan fué secundado primeramente en Jalapa por el teniente coronel D. José Joaquín Herrera, quien movió su tropa, de la Intendencia de Veracruz á la de Puebla, y no pudiendo vencer en Tepeaca al coronel realista Hevia, se retiró á Córdoba, perseguido muy de cerca por ese mismo jefe.

Al llegar Hevia á la última de las ciudades referidas, tomó posiciones para asaltarla.

“Herrera había construído un parapeto dentro del cual quedó la plaza. Hevia extendió su línea, ocupó algunas casas y procuró fortificar sus posiciones; hizo un parapeto para poner en batería el obús que llevaba, y colocado éste, empezó á batir

la casa de D. Manuel de la Torre, por la que se proponía asaltar la plaza. Al mismo tiempo, con la pieza de á 12, que también llevaba, puesta en batería, trató de abrir una brecha en los parapetos de los defensores de la ciudad; lo consiguió, y calculando suficiente el espacio abierto, dispuso el asalto para las cinco y media de la mañana del día siguiente. Con los voluntarios de su fuerza inició el combate; éstos, aunque con dificultad, penetraron por la brecha al patio de la casa de D. Manuel, pero las paredes estaban aspilleras, y una bien dispuesta trinchera de tercios de tabaco, seguía en el interior del patio, la figura del reducto. Este obstáculo con el que no contaban, los arredró y volvieron caras sufriendo grandes pérdidas."

"Hevia furioso por este percance, se a-

cercó al cañón de á 12; mandó que lo cargaran bien, y tomó el tornillo de la colilla, haciendo él mismo la puntería para ampliar la brecha; en esos momentos, y teniendo la pierna derecha metida entre las dos gualderas de la cureña, y cuando se inclinaba para apuntar, "un indio de Ixtlán de los Reyes, (un soldado raso) que estaba trepado en un tejado inmediato, lo cazó como á un gato, y lo mató de un fusilazo en la frente." La bala del indio le entró á Hevia por la sien izquierda y le salió tras de la oreja derecha, cayendo muerto en el acto, y quedando su cadáver bajo el montaje, sin que nadie en largo rato, se atreviera á sacarlo."

Así vengó el soldado indio, sin pensarlo, la muerte de un artillero insurgente á quien mandó fusilar Hevia, como se refiere en el pasaje siguiente:

“Llegaron el 30 de diciembre de 1816 (Hevia, la Madrid y Samaniego) á media legua de Tepeji (Estado de Puebla); á los dos días abrieron una brecha de cuatro varas que los sitiados pudieron rebocar con sacos, y después de seis días de una fuerte resistencia, la guarnición de 250 hombres escasos, ejecutó su retirada del pueblo, batiéndose con denuedo al salir por el camino principal. Sólo quedó en la plaza un infeliz artillero con las piernas destrozadas por una bala de cañón, y en tal estado fué fusilado por orden de Hevia, á pesar de habersele dejado escrito un oficio implorando su humanidad á favor de aquel miserable, cuya vida era al mismo tiempo rescatada con la de tres prisioneros españoles que se habían dejado en el calabozo.”

Invasión Norteamericana

Vuelve por su bandera

EN 1845 se agregó el territorio de Texas á los Estados Unidos de América, y con el pretexto de que nuestro Gobierno no quería reconocer esa agregación y otros motivos, el de aquel país cometió el atentado de mandar que sus tropas traspasaran los límites de dicho territorio y ocuparan parte del nuestro hasta la orilla izquierda del río Bravo. El Gobierno Mexicano hizo marchar un ejército al mando del general Arista, con el fin de que impidiera aquella ocupación.

En las batallas de Palo Alto y la Resaca, que ocurrieron en los días 8 y 9 de mayo de 1846, respectivamente, fueron

derrotados los nuestros, quienes, en la más completa dispersión, repasaron el citado río, y una vez reunidos en Matamoros, emprendieron la retirada hasta llegar á Monterrey, que de antemano se había mandado poner en estado de defensa. Entre los puntos cubiertos con obras de fortificación, se contaba el Cerro del Obispado, cuya defensa se encomendó al teniente coronel D. Francisco Berra con 200 hombres y dos cañones.

El 21 de septiembre comenzó el ejército invasor á investir la ciudad por el Oriente, y á la madrugada del día 22 se apoderó por sorpresa de la cresta más alta del Cerro del Obispado, quedando el parapeto defendido por el teniente coronel Berra, bajo los fuegos de cañón de la fuerza de la altura tomada, y de otra establecida en el Fortín de la Federación.

Entre las dos y tres de la tarde, una fuerte columna apoyada por multitud de tiradores, descendió de la cresta y desalojó del cerro á nuestros soldados, que se batían á pecho descubierto. El coronel D. Manuel Balbontín, que tomó parte como Subteniente en esta jornada, refiere el episodio siguiente:

“Advirtiéndome un soldado que la bandera quedaba izada en el fuerte, volví por ella, y logré arriarla y llevarla consigo, á pesar del fuego que hicieron sobre él para impedirlo. No sé si al soldado le dieron algún premio, que bien lo merecía, pero supongo que no, porque no recuerdo que el hecho se haya consignado en algún documento oficial.”

LO QUE ES LA BANDERA.

LA bandera es la perfecta representación, la imagen de México; es el emblema de todo lo que nuestra patria ama, admira y honra; es el símbolo del sacrificio. Habla á todos en un lenguaje claro y lleno de firmeza, que deben de oír todos los soldados del ejército, tanto los jefes de alta graduación, cómo los inferiores, los oficiales y la tropa. Es necesario seguirla cuando avanza; si cae, levantarla para que avance más, y si esto no puede hacerse, morir por ella.

“Nuestra bandera ha sido la compañera de la patria en sus días más terribles de pruebas, se ha cubierto de gloria con ella, y cualesquiera que hayan sido nuestros

reveses, ha flameado con gloria, desde los campos de Palo Alto y la Resaca, hasta los de Puebla y Querétaro. A la vista de nuestra bandera, los soldados más valientes de Europa han volteado algunas veces caras, y su glorioso lienzo ha sido perfumado con el humo de la pólvora de mil batallas. ¡Gloria á nuestra bandera!—El general Rocha.

El soldado, dijo Napoleón el Grande, no es extranjero dondequiera que se encuentre bajo su bandera; donde está la bandera allí está la patria.

CAMARADAS DE COMBATE.

EL general D. Sóstenes Rocha, al hablar en un libro que escribió con el título de “Enquiridión”, sobre la conveniencia de que cada soldado escoja entre sus me-

jores amigos, un camarada de combate, cita el ejemplo de dos veteranos que hicieron juntos sus campañas, defendiéndose mutuamente de las agresiones de los contrarios.

Oigamos la interesante historia de esos dos veteranos, narrada por el mismo general Rocha.

“Recién salido yo del Colegio Militar al Batallón de Zapadores, conocí á dos bravos soldados encanecidos en los combates y que ostentaban con noble orgullo en el brazo izquierdo el escudo de Texas. Se querían entrañablemente, siempre estaban juntos, siempre se les nombraba para el mismo servicio, pues por los buenos servicios que habían prestado á la Patria, por su constancia y honradez, eran muy considerados por los jefes del cuerpo; uno se llamaba Santiago Parejas y el otro Aga-

pito Hernández, ambos eran de mi compañía, y al poco tiempo de tratarlos, los quise tanto como los querían nuestros jefes. Algunas veces los llamaba yo á mi pabellón para que me contaran sus campañas; lo hacían con gusto, y sin hacerse en lo más mínimo del rogar y en un estilo sencillo, pero lleno de interés. Ambos creían deberse la vida mutuamente. Parejas me decía una vez:

“Ay, mi capitán, si viera su mercesita que surra de balazos nos dieron los *angulos* (angloamericanos) en el ataque á Monterrey el año de 1847; nuestros soldados caían como maíz y el ruido que las balas hacían cuando tocaban nuestros fusiles ó nuestras bayonetas parecía redoble.

—“Pero, y ustedes no les contestaban de la misma manera?, pregunté yo.

—“Sí, mi capitán, y caían á montones;

pero parece que la tierra los brotaba, y mientras más tumbábamos más se nos echaban encima; sobre todo abanderados les matábamos muchos, y era de verse, mi capitán, que sus banderas subían y bajaban como bimbaletes.

“Agapito interrumpió á Parejas, y dirigiéndose á mí, dijo:

—“En esa acción, mi capitán, mi aparcerero Parejas me salvó la vida.

—“Cómo estuvo eso? le pregunté yo, refiéremelo.

—“Estábamos apostados por el Ojo de Agua, señor, y ya habíamos rechazado tres veces al enemigo matándole tanta gente que el suelo *negreaba*; pero derrepente se nos echaron tres columnas muy gruesas, y una de ellas como queriendo cortarnos la retirada para el centro de la ciudad; entonces nos retiramos todos en

bola, pero batiéndonos á la bayoneta con la cabeza de una de aquellas columnas; yo por venir volteando á retaguardia á ver un *angulo* que venía muy de cerca, tropecé con un montoncito de adobes y caí boca-abajo; el yankee se me echó encima y ya levantaba la bayoneta para clavármela cuando mi aparcerito, que venía junto de mí le *sorrajo* un tiro á boca de jarro que lo *atirantó*, echándolo sobre mí.

“Parejas le interrumpió diciéndole:

—“Trabajo me costó, aparcerero, sacarte de debajo de aquel yankote tan grande y tan pesado.

—“Y luego, prosigió Agapito, como perdí mucho el tiempo, ya estaban sobre nosotros otros dos yankees, pero mi aparcerero Parejas le dió un golpe libre en la barriga á uno de ellos, y como yo llevaba mi fusil cargado, despaché al otro. En-

tonces, antes que llegaran más enemigos, nos incorporamos al batallón á la carrera.

—“Pero en Padierna, mi capitán, dijo Parejas, mi aparcerero Agapito me quitó de encima á un dragón que venía en su caballo que ya me parecía que me tragaba, pues traía un hocico muy grande y muy abierto; mi fusil estaba descargado, y como mi bayoneta se había extraviado en la noche, no tenía con qué defenderme; pero mi aparcerero Agapito mató al caballo, y yo á culatazos en la cabeza y mi aparcerero á bayonetazos, dimos fin con el *angulo*.

—“En ese día habríamos acabado los dos, mi capitán, pues teníamos encima una multitud de dragones; pero en esos momentos cargó el 7º de Caballería y los desbarató como por encanto.

El soldado tiene deberes para con sus compañeros, cualquiera que sea su cuerpo, cualquiera que sea su arma; debe amarlos y hacerse amar de ellos, no decir ni hacer jamás cosa alguna que pueda herir su dignidad, ó atacar la nobleza de la profesión de las armas. En el batallón ó regimiento, el compañero es casi un amigo; á cada instante se puede tener necesidad de sus servicios. El trato frecuente y correcto, las atenciones recíprocas, crean la verdadera amistad, sentimiento precioso y utilísimo en campaña.

¿Cómo no amar al camarada con quién se ingresa al cuerpo, ó á cuyo lado se arrostrarán algún día los peligros de la guerra?

El espíritu de compañerismo es útil á los intereses del ejército, y por consiguiente, á los intereses de todos los soldados; *él engendra el espíritu de cuerpo*, es decir, el afecto que se tiene al batallón ó regimiento á que se pertenece. El cuerpo de que se forma parte, es una segunda familia, por eso se le debe amar como á los seres más queridos. Los timbres de gloria que haya conquistado, deben causar en el ánimo de sus soldados, satisfacción y noble orgullo.

Otra consecuencia del espíritu de compañerismo es el sentimiento que impulsa al soldado á ser humanitario, es decir, á tomar parte en las desgracias de los demás, aun cuando hayan sido sus adversarios. Sufre un soldado? Inmediatamente, sin ver su grado ó nacionalidad, debe prodigarle las más solícitas atenciones.

Los soldados de todas las naciones civilizadas son compañeros de armas, y, después de la batalla, se deben ayudar y proteger mutuamente.

VALOR TEMERARIO.

DESPUES de haber tomado el ejército norteamericano la ciudad de Monterrey y ocupado la del Saltillo, se movió hacia el Paso de la Angostura, paraje situado á poca distancia de esta última ciudad, y en el cual esperó la división mexicana que, con el fin de batirlo, había salido de San Luis Potosí á las órdenes

del general Santa Anna.

El día 22 de febrero de 1846 llegó nuestro ejército á la Angostura, y á las cuatro de la tarde del mismo día, se trabó un combate en que los contendientes se disputaron las alturas de la izquierda de la línea de los invasores, y que al fin, quedaron en poder de los mexicanos.

Al día siguiente muy temprano se rompieron los fuegos, maniobrando ambas divisiones en sus respectivos campos. Nuestras columnas daban continuas y terribles cargas á los contrarios, tratando de desalojarlos de sus posiciones y de rebasar su flanco izquierdo con el objeto de atacarlos por la retaguardia. Tan reñida y sangrienta lucha se prolongó hasta las dos de la tarde, en que un fuerte aguacero obligó á los fatigados combatientes á suspender la batalla.

“Ambos ejércitos aprovecharon el tiempo en reorganizarse para volver á la contienda, cuando un magnífico arco-iris, abrazando los dos campos, pareció invitarlos á la paz.

“Terminado el aguacero, permanecieron los combatientes en quietud por algún tiempo. Solamente una batería de piezas de á 16 había entablado un duelo con una batería enemiga, pero sin obtener resultado alguno notable.

“Entonces ocurrió un suceso que es necesario consignar.

“De una de las barrancas inmediatas, salió al camino un hombre á caballo con vestido de paisano, y á todo correr, tomó la dirección de la batería enemiga.

“Todos creyeron que fuera algún explorador del enemigo, que trataba de refugiarse en su campo, ó que llevase alguna noticia.

“Pero, aquel hombre, cuando se vió entre los cañones americanos, *reboleó* su lazo, lo arrojó, y no habiendo prendido, hizo volver grupas á su caballo, escapando bajo una lluvia de balas, que afortunadamente no le tocó.

“Como este hecho coincidió con la aparición casual sobre el camino, de una fuerza de caballería que salió de un barranco, -el enemigo coronó con multitud de tiradores, la altura que quedaba á la espalda de la batería.

“Los nuestros, entretanto, llenos de admiración, no apartaron la vista de aquel temerario que volvía á todo correr á nuestro campo.

“Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, en calidad de conductor de parques, con el carácter de sargento 2^o.

“Tuvo ganas, según dijo, de traer un yankee prendido de su reata, por no quedar sin hacer algo aquel día.”

EL SARGENTO LIBERATO CRUZ.

ENTRE los cuerpos del ejército mexicano que se batieron en el Paso de la Angostura, el Batallón de Aguascalientes hizo prodigios de valor en las cargas que se dieron al enemigo para quitarle sus posiciones, sobresaliendo entre los individuos de la clase de tropa, el sargento Liberato Santa Cruz, cuyo heroico hecho de armas se pinta con vivos colores en el párrafo siguiente:

“Avanza sobre esas posiciones el Batallón de Aguascalientes á la cabeza de otros. El combate se empeña con más

ardimiento. Un momento después se mezclan nuestros soldados con los de las filas contrarias, que comienzan á huir desordenadamente. El Batallón hace un esfuerzo más, y arroja al enemigo, le quita una fragua de campaña, le desaloja, le vence. Un poco más allá, en la cumbre de la altura que defienden aún los más valientes de los americanos, se salen de nuestras filas el sargento Liberato Santa Cruz y unos cuantos soldados, compañeros de su gloria. Heridos estos buenos hijos de Aguascalientes, desangrándose, fatigados, débiles, hambrientos, hacen el último y soberano esfuerzo, y arrebatan á los contrarios dos piezas de artillería, sobre una de las cuales recibe otra herida aquel héroe. Santa Anna consignó el nombre de Santa Cruz en su parte oficial, y lo conserva Aguascalientes con orgullo y para su gloria.

CARIDAD MILITAR.

HABIENDO resuelto el Gobierno de los Estados Unidos continuar la invasión de nuestro territorio por el Oriente, envió al general Scott con un ejército de más de trece mil hombres, que desembarcaron en la playa entre Collado y Mocambo, protegidos por la escuadra del comodoro Connor, y se dirigieron sobre la plaza de Veracruz, en cuyos alrededores fueron tomando las posiciones que su general les había señalado. Luego que Scott acabó de establecer sus baterías, intimó rendición de la plaza al comandante militar de ella, D. Juan Morales; este valiente jefe contestó que teniendo bajo su mando la ciudad de Veracruz lo mismo

que el castillo de Ulúa, era de su deber defenderlos, y que así lo haría hasta la última extremidad. Con tal motivo, las baterías y los buques menores de la escuadra rompieron sus fuegos sobre la plaza, como á las cuatro de la tarde del día 22 de marzo de 1847. Lo mismo hicieron del 23 al 26; las bombas arrojadas por mar y tierra causaban el derrumbe de muchos edificios, el incendio de otros, y gran número de muertos y heridos, tanto en las tropas como en los habitantes pacíficos de la ciudad que no encontraban ya donde refugiarse.

“Las desgracias en la población son numerosas, y no queda ya un lugar seguro. A la una de la mañana algunas mujeres vagaban pidiendo asilo para varios niños que quedaban huérfanos, arrebatándoles las bombas á sus padres. En la capilla de

la Divina Pastora sólo una bala había penetrado, y el comandante del punto aloja allí á los desgraciados huérfanos. Los niños lloraban pidiendo pan..... El soldado no tomaba aún á esa hora el rancho, que no se había preparado á causa del fuego, y que consistía solamente en arroz, frijoles y alguna vez bacalao. Y los niños lloraban, lloraban pidiendo su pan, que no podía dárselos. Un veterano del 8º Regimiento se acercó á ellos entonces; saca una galleta de su chacó, diciendo: "Hoy me la han regalado, y la guardaba para comerla con mi rancho; pero quiero mejor que la coman los niños." El Comandante del punto alargó una moneda al soldado, y éste la rehusó: "Mi jefe, le dijo, yo tengo hijos en mi tierra, y me alegraré si alguno les da pan si lloran." Sentimos no enriquecer nuestras memo-

rias con el nombre de este veterano." (Toma de Veracruz por los Americanos.— Diccionario Universal de Historia y Geografía, Tomo III, pág. 793.)

FRATERNIDAD MILITAR.

ENTRETANTO, las bombas seguían lloviendo sobre la infortunada ciudad. Al quinto día del asedio, los defensores de ella sólo tenían municiones para algunas horas de fuego; y tanto por esto como porque ya comenzaban á carecer de víveres, invitaron al jefe sitiador á un arreglo, que dió por resultado la capitulación de la plaza con todos los honores de la guerra.

Dueños de la ciudad los invasores, se movieron por el camino de Veracruz á

Jalapa; derrotaron en Cerro Gordo la división que al mando del General Santa Anna los esperaba en ese punto, y continuando su marcha al interior del país, ocuparon Puebla, y el 9 de agosto (1847) entraron al valle de México. En las lomas de Padierna atacaron y vencieron al ejército del Norte que estaba á las órdenes del general Valencia; algunos días después se apoderaron á viva fuerza del convento de Churubusco, y á principios de septiembre, de las posiciones del Molino del Rey y Casa-Mata.

Durante los días 9, 10 y 11 que emplearon en levantar baterías para atacar el castillo de Chapultepec, no se libró ningún combate, pero hubo algunas escaramuzas.

“En una de ellas, el teniente D. Mariano Martínez, joven que no contaba con

veinte años, se lanzó con algunos ginetes del 5° de caballería contra un grupo considerable de infantes enemigos. Estos, como de costumbre, se introdujeron en una milpa esperando á sus contrarios con tranquilidad. Cuando los tuvieron á que-
ma ropa, les hicieron una descarga, de resulta de la cual, cayeron muertos el teniente Martínez y algunos soldados.

“Un cabo de batidores recogió el cadáver de su teniente, y volvió á nuestro campo conduciéndolo sobre su montura, sostenido con el brazo izquierdo, mientras empuñaba la lanza con la mano derecha.

“Dicen los que lo vieron que aquel cabo, con su aspecto marcial, con sus largas barbas negras y con su casco metálico, conduciendo sobre su hermoso caballo el cadáver de su oficial, era digno de ser copiado por un buen pincel. (La in-

vasión Norteamericana, por el Coronel M. Balbontín, pág. 130.)

He aquí un grandioso modelo del amor que debe tener la tropa á sus oficiales.

FIDELIDAD HEROICA

ERA el año de 1852, segundo de la presidencia del general don Mariano Arista.

Todos los pueblos del país sentían profundo malestar por la falta de seguridad pública y de la miseria en que se hallaban á causa de la paralización del comercio y de toda industria. Ese malestar comenzó á manifestarse por medio de pronunciamientos contra los gobernadores de los Estados, siendo el más formidable el que tuvo lugar en la capital del Estado de

Jalisco el 26 de Julio, acaudillado por el coronel don José María Blancarte, quien acompañado de otras tres personas sorprendió á las dos de la tarde, á los oficiales de la guardia del palacio del Gobierno, se apoderó del edificio y de las armas y municiones que había en él, y armó con ellas á cerca de tres mil hombres. No contando el Gobernador del Estado don Jesús López Portillo con el apoyo de fuerzas suficientes para hacer frente á los sublevados, evacuó la capital acompañado del Secretario de la Comandancia General de las Armas, el coronel M. G. y de una corta fuerza que le quedó fiel; dirigiéndose primero á Zapotlanejo, después á Lagos y por último, á León.

El expresado coronel M. G. era uno de los más fervientes partidarios del general Santa Anna, y por esto, el Presidente Arista

le tenía desconfianza y más de una vez recomendó que se le quitase el cargo de Secretario de la Comandancia General.

No obstante esto, el caballeroso coronel, cumpliendo con el compromiso que se había contraído de servir al gobierno de Arista, siguió al Gobernador López Portillo, dejando en Guadalajara con su familia al soldado Tomás Villanueva, que le servía de asistente hacía muchos años.

En septiembre del mismo año de 1852, los sublevados publicaron un plan en el que proclamaban la caída del Presidente y llamaban al general Santa Anna para que lo reemplazase en el poder. En virtud del mismo plan fué nombrado Gobernador del Estado de Jalisco el general don José María Yáñez, á quien reconocieron desde entonces como jefe los pronunciados.

El Gobierno hizo marchar tropas á las

órdenes del general don José Vicente Miñón, sobre la plaza de Guadalajara, que comenzó á ser sitiada por aquellas tropas á principios del mes de diciembre.

Intranquila la Señora de G. por la suerte de su esposo, dispuso que fuera á únirsele el soldado Tomás Villanueva. Antes de marchar éste, se presentó al general Yáñez, de quien recibió instrucciones políticas para el coronel M. G., con la recomendación de que por ningún motivo las revelase.

No bien salía de extramuros de Guadalajara, cuando fué capturado por una fuerza enemiga que lo condujo á su cuartel general. Allí se le examinó cuidadosamente; le fué encontrada una carta de la Señora de G. para su marido, que sólo trataba de asuntos de familia; se le amenazó con la pena de muerte para que dijera si llevaba

algún mensaje al enemigo; pero él se mantuvo en la más absoluta reserva.

El general Rivera, Cuartel Maestro del Ejército sitiador, mandó que fuera encapillado para que se le fusilase al tercer día.

La hora de la ejecución se aproximaba; el valeroso asistente fué nuevamente exhortado en aquel terrible momento para que se produjera con verdad; pero no se consiguió que hiciera revelación alguna, con lo que consumó un acto de FIDELIDAD HEROICA.

Los generales Miñón y Rivera hicieron el siguiente raciocinio: ó ese hombre está resuelto á no decir la verdad, ó es inocente; en el primer caso, nada sabremos con fusilarlo; en el segundo, cometeremos un crimen ejecutándolo. En consecuencia, lo pucieron en absoluta libertad, de la que hizo uso el asistente encaminándose á León.

En esta ciudad, donde continuaba funcionando el gobierno del Lic. López Portillo, ocurría un suceso que se comentaba en toda la población. El Comandante General de las Armas don Rafael Vázquez había recibido orden del general Arista para fusilar al coronel M. G.

Cuando llegó Villanueva á León su jefe estaba encapillado. Se puso en comunicación con él sigilosamente, y arriesgando una vez más su vida, le protegió la fuga, librándolo así de una muerte injusta á que lo había condenado la pasión política del general Arista, personaje muy apreciable en otros conceptos.

No olvidéis estos hechos del valiente y leal soldado Villanueva, durante vuestra vida militar. (1)

(1) Este episodio me lo refirió el señor coronel de Estado Mayor, don Manuel Gil.

GUERRA DE RELIGION Y FUEROS

Alardes de valor.

SIENDO el general don Ignacio Comonfort Presidente de la República, estalló en Zacapoaxtla un pronunciamiento acaudillado por el general don Antonio Haro y Tamariz, y cuyo plan político tenía por lema "Religión y Fueros."

Fuertes los sublevados con algunos cuerpos que se les adhirieron, marcharon sobre la plaza de Puebla, que tomaron después de un vigoroso ataque.

El general Comonfort salió de México en febrero ó marzo de 1856, al frente de un cuerpo de ejército para reprimir aquella rebelión. Estando acampado en Oco-

tlán, salieron de Puebla los pronunciados y trataron de envolver sus posiciones, principiando con esto una terrible batalla, que terminó con la derrota de los sublevados. Violando éstos un armisticio que se les concedió, levantaron el campo y volvieron apresuradamente á dicha plaza. Las tropas del Gobierno avanzaron sobre ella, y sitiándola convenientemente, la cañonearon durante varios días al mismo tiempo que se peleaba encarnizadamente en las calles, los conventos y las iglesias, hasta el 23 del mismo marzo, en que los rebeldes capitularon.

"Cuando se calmaba el fuego, algunos soldados de Guadalajara saltaban los parapetos para ir á tirotear al enemigo, cerca de los suyos. El cabo de guías Serrano, con arma á discreción, por en medio de la calle, marchó impávido hasta el foso

del enemigo: éste, que creyó que se pasaba, dejó de tirarle; pero Serrano, preparó su fusil, apuntó y derribó á un hombre, al mismo tiempo que éste profería insultos. En el momento se cubrió de humo el parapeto, y Serrano volvió sin fusil y con cinco balas en el cuerpo. Conducido al hospital, fué amputado de un brazo."

"Un soldado del Sur se estuvo divirtiendo largo rato con pasear en la banqueta al paso regular y con arma á discreción, entre nuestro parapeto y el del enemigo, y aunque llovían sobre él las balas, no le tocó ninguna, ni el se daba por entendido."

"Estos alardes de valor son muy comunes en nuestro ejército; pero no los creo de utilidad, porque si bien establecen cierto estímulo entre los soldados, también dan prueba de indisciplina y causan bajas

sensibles é innecesarias. Además, se ve con frecuencia que muchos de esos hombres que individualmente se lanzan á empresas temerarias, no son siempre los más firmes, hallándose en formación y en lances críticos." (Memorias del coronel Balbontín, pág. 70.)

ESTRATAGEMA.

DIGNO de figurar entre los individuos de la clase de tropa cuyos hechos ilustres narramos, es el corneta Dimas López, natural de Zacatlán del Estado de Puebla. A una estratagema suya se debió el triunfo que una fuerza de 300 hombres, obtuvo sobre otra de 1200 del ejército de línea.

Se trata de la Guerra de Reforma ó de

del enemigo: éste, que creyó que se pasaba, dejó de tirarle; pero Serrano, preparó su fusil, apuntó y derribó á un hombre, al mismo tiempo que éste profería insultos. En el momento se cubrió de humo el parapeto, y Serrano volvió sin fusil y con cinco balas en el cuerpo. Conducido al hospital, fué amputado de un brazo."

"Un soldado del Sur se estuvo divirtiendo largo rato con pasear en la banqueta al paso regular y con arma á discreción, entre nuestro parapeto y el del enemigo, y aunque llovían sobre él las balas, no le tocó ninguna, ni el se daba por entendido."

"Estos alardes de valor son muy comunes en nuestro ejército; pero no los creo de utilidad, porque si bien establecen cierto estímulo entre los soldados, también dan prueba de indisciplina y causan bajas

sensibles é innecesarias. Además, se ve con frecuencia que muchos de esos hombres que individualmente se lanzan á empresas temerarias, no son siempre los más firmes, hallándose en formación y en lances críticos." (Memorias del coronel Balbontín, pág. 70.)

ESTRATAGEMA.

DIGNO de figurar entre los individuos de la clase de tropa cuyos hechos ilustres narramos, es el corneta Dimas López, natural de Zacatlán del Estado de Puebla. A una estratagema suya se debió el triunfo que una fuerza de 300 hombres, obtuvo sobre otra de 1200 del ejército de línea.

Se trata de la Guerra de Reforma ó de

Tres Años entre liberales y reaccionarios, ocasionada por haber derogado el Presidente de la República, don Ignacio Comonfort, la Constitución Federal de 1857, que él mismo había jurado guardar y hacer guardar.

No pudiendo Comonfort sofocar tan tremenda revolución, abandonó la Capital, y dirigiéndose á Veracruz, se embarcó para el extranjero. Después de su salida, una junta de notables nombró Presidente al general don Félix Zuloaga, que pertenecía al partido reaccionario.

El Lic. don Benito Juárez, como Presidente que era de la Suprema Corte de Justicia, entró desde luego á ejercer el mando constitucional y salió de la Capital, organizó su ministerio en Guadalajara, y á consecuencia de haber sufrido el ejército liberal una seria derrota, se trasladó á

Veracruz, donde estableció su Gobierno.

Estando el general don Juan Nepomuceno Méndez en dicho puerto, fué comisionado por Juárez para que hiciera en el Estado de Puebla la campaña contra los reaccionarios; y al efecto, se embarcó llevando trescientos hombres, desembarcó en Tecolutla, y de allí se dirigió á Mecapalco, Hacienda perteneciente al Distrito de Teziutlán.

Sabido esto por el jefe reaccionario Fuertes, que se encontraba en Teziutlán con una fuerza de 1200 hombres del ejército de línea, salió á su encuentro.

“Méndez eligió con rara sagacidad, para teatro del combate, el lugar llamado Filipinas, limítrofe entre los Estados de Puebla y Veracruz.

“Un anchuroso río conocido con el nombre de “María de la Torre”, favorecía el

frente de los constitucionalistas; á la vez que era una amenaza terrible para el enemigo.

“Empezaba á alumbrar el sol la mañana del 23 de julio de 1858, cuando la artillería reaccionaria, situada convenientemente, rompió sus fuegos: el teniente coronel M. Ramos, un abnegado patriota y demócrata distinguido que consagró su vida á la defensa de la libertad, con su espada y con su pluma, puesto en pie en una pequeña eminencia, arengó á los soldados del pueblo, comunicándoles el fuego de que se hallaba poseído; sus palabras fueron acogidas con regocijo, á la vez que el enemigo, organizado en fuertes columnas de infantería, se lanzaba con denuedo sobre sus contrarios, que resistieron con heroísmo esos repetidos ataques, que generalizando el combate en toda la línea,

causaron desde luego un regular número de muertos y heridos, especialmente de los asaltantes.

“En esos momentos, cuando la pelea llevaba algunas horas de empezada y el éxito permanecía indeciso, una fuerza liberal que se dirigía á toda prisa á ocupar un punto importante, llamó seriamente la atención del enemigo, paralizando su poderoso impulso; á la sazón, un corneta de la fuerza liberal, conocido con el nombre de Dimas López y originario de Zacatlán, colocó en su instrumento de guerra, guiado por una feliz inspiración, un tudel de trompeta y comenzó á dar toques, primero de trote, después de galope y por final el terrible de degüello: los reaccionarios engañados con tan hábil cuanto oportuno estratagema, camenzaron á ceder, y la fuerza constitucionalista que notó su in-

decisión y el efecto desastroso que empezaba á iniciarse en sus desmoralizadas filas, se lanzó con arrojo y valentía sobre sus adversarios, quienes, puestos en vergonzosa fuga, avandonaron en su vertiginosa carrera cuantas armas y útiles de guerra tenían. (La Gran Década Nacional por Galindo y Galindo, Tomo III, pág. 139.)

SARGENTO QUE MUERE CON UN VALOR EXTRAORDINARIO.

CUANDO los liberales y los reaccionarios se disputaban con mayor encarnizamiento el dominio del país, el general don Ramón Corona, que residía en Motaje, del Territorio de Tepic, se levantó en contra del partido retrógrado, y

dió á conocer desde luego sus aptitudes militares, ocupando con un puñado de hombres resueltos, aunque mal armados, la población de Acaponeta.

El tristemente célebre general Manuel Lozada, que era el caudillo de la reacción en dicho Territorio, al tener noticia de aquel movimiento, organizó violentamente una expedición contra los insurrectos, que fueron sorprendidos en el pueblo de la Concepción, y totalmene aniquilados.

El general Corona no estuvo en esta refriega, porque se había quedado en un rancho inmediato á la citada población de Acaponeta, curándose de una fiebre maligna intermitente que le atacó. No obstante su enfermedad, se puso en marcha, y recogiendo un número considerable de dispersos, se dirigió á Rosario, Estado de Sinaloa.

“Allí supo que el enemigo había abusado cruelmente de su triunfo, fusilando al sargento Doroteo López y á otros dos soldados. López murió con un valor extraordinario, dirigiendo desde el lugar del suplicio palabras llenas de energía á los demás prisioneros, excitándolos á que no desmayaran en la defensa de la libertad, y manifestando la esperanza de que su sangre sería pronto vengada. Esta noticia causó una profunda impresión, encendiendo en los pechos aquella sed de represalias que convirtió la guerra en combate encarnizado, sin cuartel y sin misericordia. (Ensayo histórico del Ejército de Occidente por José M. Vigil y Juan B. Híjar y Haro, pág. 5.)

GUERRA DE INTERVENCION FRANCESA POR LA BANDERA.

EN mayo ó junio de 62, el tres veces traidor Leonardo Márquez, que á la cabeza de dos mil rancheros armados iba á incorporarse al Cuerpo del Ejército Francés, tuvo que pasar á las inmediaciones de nuestras tropas que cerca de Orizaba y á las órdenes del general Zaragoza, se hallaban en posición. Nuestro general, que supo el movimiento del referido traidor, destacó una fuerza para batirlo é impedir su incorporación al enemigo extranjero. Las tropas chocaron en Barranca Seca, y en pocos momentos el objeto estaba conseguido. Márquez y los suyos estaban batidos y cortados de

su línea de incorporación, pero en esos momentos cae bruscamente y por retaguardia de nuestras tropas, un fuerte destacamento francés; los traidores se rehacen, y la lucha se empeña de nuevo, pero en las peores condiciones tácticas para las tropas mexicanas, que al fin, agobiadas por el número, tuvieron que emprender la retirada.

En esos momentos ocurrió uno de esos episodios brillantes, que es el que vamos á referir.

La escolta de la bandera del Batallón de Zapadores de San Luis, aumentada con algunos dispersos del mismo Cuerpo, hizo alto para defenderse á pie firme del sinnúmero de enemigos que la seguían; formó un grupo, y haciendo frente á todos lados, como se practica en el círculo, rompió su fuego ostentando en el centro

de ese grupo su bandera, cuyos colores brillaban en medio del humo del combate. Los soldados franceses fueron maniobrando hasta rodear al corto grupo completamente, y como no dejaban de hacer fuego, hubo un momento en que sólo seis ó siete soldados mexicanos rodeaban su bandera; los demás habían muerto gloriosamente. Viendo los franceses tan reducido el número de sus contrarios, los abordaron decididamente á la bayoneta para hacerlos prisioneros y tomar la bandera. Llegan, pero un cabo mexicano que observa cerca de sí una caja de municiones llena de paradas de cartuchos y ya descubierta, prepara su fusil, apoya la boca de él contra las municiones, grita ¡viva México! y hace fuego. Todos volaron, mexicanos y franceses, pero los primeros gloriosamente por su patria. Poco después

llegaron más franceses, y como defensores de aquella bandera todos habían sucumbido, sólo así pudieron lograr apoderarse de ella, quemada y hecha girones." (Enquiridión por el general Sóstenes Rocha, Tomo I. pág. 111.)

DOS HERIDOS QUE SIGUEN BATIENDOSE.

EN vista de la derrota que sufrió el ejército francés ante la ciudad de Puebla el 5 de mayo de 1862, el Emperador de Francia Napoleón III envió un refuerzo de numerosas y escogidas tropas al mando del general Forey, que desembarcaron en el puerto de Veracruz el 22 de septiembre del mismo año, y, unidas á las que ya estaban aquí, avanzaron algunos meses des-

pués sobre Puebla. El ejército republicano á las órdenes del general Jesús González Ortega, esperaba en ella al enemigo, para lo cual cubrió la línea exterior de la plaza con los fuertes siguientes:

5 de Mayo, Loreto, Guadalupe, Independencia, Zaragoza, Ingenieros, Hidalgo, Morelos, Iturbide y Demócrata.

El 26 de marzo de 1863, los franceses asaltaron el fuerte de Iturbide, apoyados por un nutridísimo fuego de su artillería, que destruyó las cortinas y baluartes del fuerte; pero al cabo de más de una hora de combate, fueron rechazados y dispersados por los nuestros, que se condujeron de un modo heroico y brillante.

"El artillero Matías Martínez, que sacado de combate todo su pelotón, y no pudiendo servir sólo la pieza, se ocupó al descubierto en reparar la parte del muro

destruida: fué elevado á sargento segundo en el mismo baluarte, y el ciudadano General en Jefe lo mandó reconocer como tal sargento segundo. Al sargento C. Julián Espinosa, estando de facción en la barrera del fuerte, le quitó el fusil de las manos una b6mba de grueso calibre, y sin abandonar su servicio, esper6 á que los nuestros le dieran otro fusil." (La defensa de Puebla por el general Lalanne, pág. 36.)

El día 13 de mayo, el general González Ortega concedió permiso al general Patoní para que hiciera una salida fuera de murallas, con el fin de reconocer las potencias de los parapetos del enemigo, la colocación de sus fuerzas y el número que de éstas defendía las obras de contravalsación y puntos elegidos para sus emboscadas.

"La salida se verificó en muy buen 6rden, y el ataque estuvo sangriento y reñido, habiendo quedado muertos jefes, oficiales y tropa de los valientes de Durango y Chihuahua, sobre el glacis de las obras francesas.

"Uno de los soldados de las fuerzas que he mencionado, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, y sosteniéndose del muro sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto. Otro cae herido, entre otros muchos, en la llanura que se interponía entre el fuerte de Ingenieros y los parapetos levantados por los sitiadores, y arrastrándose, recoge algunos cadáveres de sus compañeros, y formando con ellos una trinchera, después de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el día.

“Yo mismo—dice el general González Ortega—estuve presenciando este sublime espectáculo con el auxilio del lente, desde la cima del Palacio. Como era natural, pedí los nombres de aquellos valientes, para dejarlos consignados en mis apuntes y darlos en este parte.

“No sólo las fuerzas de Durango y Chihuahua escribieron con su valor una línea en la crónica de la defensa de Puebla de Zaragoza: rasgos de tanto heroísmo como los que dejo citados, se repitieron y aun casi se hicieron comunes por los soldados de los Estados de Puebla y Veracruz, Jalisco y Aguascalientes, de México y el Distrito Federal, de Chiapas y Guerrero, de Oaxaca y Tlaxcala, de Michoacán y Querétaro, de Guanajuato y Nuevo-León y de San Luis y Zacatecas.” (La Defensa de Puebla por el general Lalanne, pág. 105.)

CULTO A LOS HEROES.

AL caer la ciudad de Puebla en poder de los franceses en 186, el Presidente Juárez y los demás Poderes del Gobierno se trasladaron de la capital de la República á la ciudad de San Luis Potosí.

El avance de las armas francesas en todo el territorio, obligó á Juárez y á su comitiva á irse alejando del centro del país hacia nuestra frontera del Norte, sin dejar de ejercer con la severidad y circunspección de siempre, sus altas funciones.

El 15 de septiembre de 1864, llegaron á la hacienda de la Noria Pedriseña, sita en el Estado de Durango.

El popular poeta don Guillermo Prieto

refiere en sus memorias una escena conmovedora que tuvo lugar en aquella hacienda, y cuyos protagonistas, que fueron soldados rasos, nos dejaron un ejemplo del culto que se debe rendir á nuestros héroes, en todas las circunstancias de la vida.

“El cansancio acortó el día, y antes de que oscureciese reinaba por todas partes el más profundo silencio, sin turbar el más leve ruido el imperio del sueño.

“La fatiga y el malestar perpetuo del estómago no me habían permitido cerrar los ojos, reclinado en el quicio de la puerta, con las piernas extendidas y la vista en las estrellas, dejaba mecirme por esa especie de somnolencia del alma que recorre con sosegada voluptuosidad el infinito.

“Serían las once de la noche, cuando

á la muy dudosa claridad que nos rodeaba percibí entre la tropa cierta inquietud, cierta separación de grupos, pero distantes, á la vista de los centinelas que sobresalían derechos é inmóviles como unos pilares.

“Con extraordinaria precaución, embarrancándome en las cercas y con menos ruido que el rodar de una pluma por los suelos, penetré hasta la recámara del Señor Juárez y díle parte de lo que observaba.

“El Señor Juárez, vistiéndose y echándose sobre los hombros un capotillo con aberturas para los brazos y de segunda capilla muy larga, me dijo: “Vé, acércate y dame cuenta de lo que ocurre, sin despertar á nadie.”

“Me dirigí entonces al más numeroso de los grupos, después de contestar al quién

vive, y vi á los soldados rastreando por el suelo con afán desusado.

“Qué es eso, muchachos, qué buscan?”

“Miren, dijo un soldado, aquí está el güero, y los soldados me rodearon.

“¡Oigal, me dijo uno de ellos, ¿pues qué no sabe ni el día en que vive?”

“¿Pues qué sucede?”

“Que esta noche es la noche del grito, Señor, ¿qué no le dice nada su corazón?”

“Cierto, hijo, 15 de septiembre, exclamé avergonzado de mi olvido.

“Noche divina, güero, la noche del tata cura; pero ya lo vé, por más que buscamos y rebuscamos, no hallamos ni hebra de ramitas para una mala luminaria.

“Vamos á buscar.

“Y los soldados renovaron sus diligencias.

“Bravo dolor,..... eso de dejar de celebrar el grito.....

“Si todavía nos cobijamos con la patria.

“Tienen razón.....y el sentimiento que ánimaba á aquellos soldados era tan enérgico y tan tierno que habría conmovido á las piedras.

“Ya comenzaban á arder con basuras, astillas y palos viejos, unas cuantas luminarias que soplaban algunos soldados en el suelo, enrojeciendo la llama ojos y carrillos.

“Yo corrí á ver á Juárez, quién se impresionó profundamente, diciéndome: “Coge todo el dinero que tenemos (ese todo cabía en un bolsillo del chaleco) y dáselos que celebren su grito los muchachos.”

“Porque Juárez, que tenía algo de mar-

móreo en su fisonomía, que era como glacial en los demás conflictos, sentía profundamente, se apasionaba en lo más recóndito de sus entrañas, mejor dicho, era pasión sin estrépito, era como el sello de su conciencia, y el que lo conocía á fondo podía distinguir algo de rudo y agreste en ciertos momentos iluminado por una suprema bondad.

“Autorizado por Juárez, corrí á ver á mis hijos, á Negrete, á Manuel G. y á Francisco Yépez: grité, alboroté, y á poco, cien luces ardían resplandecientes en el patio, y los muchachos saltaban sobre las llamas, gritando ¡vivas! á la independencia.

“Negrete con unos cuantos, puso cortinas en nuestros cuartitos, y exhumó del fondo del baúl un zarape lindísimo, que tenía la forma y los colores de la bandera

nacional, lo enarboló en un grueso morillo, y nuestras familias y nuestros hijos formaron el vitor y el paseo cívico más original y más grandioso que pueda imaginarse.

“Y he dicho grandioso porque las circunstancias, la fe de la causa y el EJEMPLO del soldado que ostenta su culto sagrado de la patria, hacían de aquella solemnidad un acontecimiento sublime y llenó de ternura nuestros corazones.

“Alguien y no sé de donde, proporcionó al concurso una tambora gigantesca que atronaba el espacio y un violín alharquiento y tumultuoso que remedaba el alboroto en su desenfreno y la epilepsía en sus más desordenadas peripecias.

“Juárez, por su parte, había reforzado una entelerida mesilla, y fingido, con inspiración alrevesada de tapicero; una tribuna.

“Rostros alegres, almas abiertas, muchachos preguntones, perros salteadores, empleados, mujeres, etc., respirando júbilo, trémulos de emoción se agolparon á la tribuna.

“Juárez, entre Iglesias y Lerdo, salieron á la ventana central en medio del frenesí, del contento y de las tempestades de vivas y de aplausos, acompañados de la tambora y del violín que hacían trizas todas las armonías imaginables.

Cuando menos lo pensaba me sentí arrebatado, y colocado sobre la mesilla, á guisa de andas; mientras unos me decían, habla, otros á mi alrededor, gritaban: ¡silencio! hora va el güero, va á hablar tío Guillermo.

Las circunstancias, el local, aquellas fisonomías tostadas por el sol en que reverberaba la llama, como sobre el borde

negro de un volcán en erupción, aquellas tapias, aquellas mujeres, aquellas montañas cercanas que, como que imponían silencio á la entrada del desierto, todo el conjunto me impresionaba, de modo que dejé hablar á mi alma como si algo extraño me poseyese y yo fuera el espectador y auditorio de mi persona y mi palabra.

“La patria, decía, es sentirse dueños y hacernos amplios con nuestro cielo y nuestros campos, con nuestras montañas y nuestros lagos, es nuestra asimilación con el aire y con los luceros, ya nuestros; es que la tierra nos duela como carne y que el sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestro nombre y el de nuestros padres; decir patria, es decir amor y sentir el beso de nuestra madre, las caricias de nuestros hijos, la luz del alma de la mujer que dice “te amo.”

“Y esa madre sufre y nos llama para que la libertemos de la infamia y de los ultrajes de extranjeros y traidores.

“La gente se agolpaba á la mesa que flotaba como barca en recia borrasca; salían gemidos roncós de los labios y se enjugaban copiosas lágrimas de los ojos.

“Los soldados ¡oh! los soldados estaban sublimes, se les veía el orgullo de ser los vengadores de esa patria adorada; en sus exclamaciones vibraba la esperanza, los gritos..... presagiaban victoria.

“El discurso se interrumpía, era diálogo, era alarido, era..... expresión de lo que mi alma sentía y reflejaba, como lluvia de estrellas creí ver que caían de mis labios las palabras al hablar de Hidalgo y de la Independencia.

“Aturdía la tambora, varios concurrentes disparaban sus armas; el violín se ha-

cía rajás, los chicos daban machincuepas, y el júbilo tenía algo de imponente y de sublime en su conjunto, y por nuestra situación que no es fácil por ahora la trasmita el recuerdo.

“No sé como concluí, descendí á los brazos de Juárez, de Iglesias y de Lerdo que me llenó de elogios.

“Rendidos de gozar y de sentir fueron alejándose los concurrentes..... un grupo de soldados se apoderó del violinista, y á guisa de serenata fué al frente de las ventanas de Juárez á cantar los *cangrejos*, *los monos verdes* y *el palomo*; á esta última le pusieron los trovadores bélicos un verso que cantaban con tal cariño y con tal ternura que no pudimos contener las lágrimas cuando lo escuchábamos; á mí me conmovió más que ninguno de los poetas que admiro; decía así:

“Si á tu ventana llega un papelito,
Abrelo con cariño, que es de Benito;
Mira que te procura felicidad,
Mira que lo acompaña la libertad.

Tributar honor á los hombres que hicieron bien á la Patria, es un deber que nos impone la gratitud.

Todos los pueblos de la tierra, en cumplimiento de ese deber, rinden culto á sus héroes, ya erigiéndoles estátuas, ó conmemorando sus gloriosos hechos con suntuosas solemnidades. Así lo hacemos nosotros los mexicanos para celebrar el grito de nuestra independencia y el triunfo de las armas nacionales contra las francesas el 5 de Mayo de 1862.

¡Honor á los varones ilustres que se inmolaron por hacernos libres!

¡Honor á los caudillos de la Revolución

de la Reforma, que lucharon por darnos leyes de igualdad, tolerancia y fraternidad!

A los que pelearon tenazmente contra las soberbias huestes de Napoleón III, demostrando con ello que el pueblo mexicano no se deja tutorear fácilmente de las potencias extranjeras!

¡A todos los jefes, oficiales y tropa que tomaron parte en tan gigantescas luchas!

CENTINELA QUE PERMANECE EN SU PUESTO, EN POBLACION OCUPADA POR EL ENEMIGO.

LA ciudad de Zacatlán del Estado de Puebla, fué teatro de continuos y sangrientos combates, durante la guerra contra la intervención francesa.

Estando en ella los generales republicanos don Rafael Cravioto y don Fernando

“Si á tu ventana llega un papelito,
Abrelo con cariño, que es de Benito;
Mira que te procura felicidad,
Mira que lo acompaña la libertad.

Tributar honor á los hombres que hicieron bien á la Patria, es un deber que nos impone la gratitud.

Todos los pueblos de la tierra, en cumplimiento de ese deber, rinden culto á sus héroes, ya erigiéndoles estátuas, ó conmemorando sus gloriosos hechos con suntuosas solemnidades. Así lo hacemos nosotros los mexicanos para celebrar el grito de nuestra independencia y el triunfo de las armas nacionales contra las francesas el 5 de Mayo de 1862.

¡Honor á los varones ilustres que se inmolaron por hacernos libres!

¡Honor á los caudillos de la Revolución

de la Reforma, que lucharon por darnos leyes de igualdad, tolerancia y fraternidad!

A los que pelearon tenazmente contra las soberbias huestes de Napoleón III, demostrando con ello que el pueblo mexicano no se deja tutorear fácilmente de las potencias extranjeras!

¡A todos los jefes, oficiales y tropa que tomaron parte en tan gigantescas luchas!

CENTINELA QUE PERMANECE EN SU PUESTO, EN POBLACION OCUPADA POR EL ENEMIGO.

LA ciudad de Zacatlán del Estado de Puebla, fué teatro de continuos y sangrientos combates, durante la guerra contra la intervención francesa.

Estando en ella los generales republicanos don Rafael Cravioto y don Fernando

Ortega, con el fin de entregar el primero al segundo el Gobierno civil y militar de dicho Estado, supieron que una fuerza de austriacos y traidores avanzaba sobre la ciudad. * Los generales Cravioto y Ortega resolvieron evacuarla, y así lo hicieron á toda prisa, al mismo tiempo que el enemigo la invadía; de modo que imperialistas y republicanos salían de la población, batiéndose, hasta que éstos pudieron tomar posiciones estratégicas.

En la confusión que se produjo entre las tropas republicanas, al desocupar la ciudad, tuvo lugar el episodio siguiente:

“Al ser evacuada la plaza, el ayudante ú oficial encargado de hacer retirar la fuerza, sea por distracción ó miedo, pues la desocupación se verificó precipitadamente, á la vista del enemigo, dejó olvidado á un centinela que hacía su guardia

en una de las trincheras principales; ocupada la población en los términos que dejamos consignados, fué abandonada por la tarde; y al ser reocupada por los republicanos, se halló á ese valiente centinela, esclavo de su deber, en su puesto, que no abandonó, y en el que, no obstante la presencia del invasor, se mantuvo impávido durante el día.” (La Gran Década Nacional, por Miguel Galindo y Galindo, Tomo III, pág. 115.)

*
**

La vida del soldado es una vida de deber. Debe ser obediente, disciplinado y estar siempre dispuesto. Cuando es llamado por el clarín tiene que ir. Cuando se le ordena que marche á una empresa peligrosa tiene que ir. No hay que discutir; tiene que obedecer las órdenes, aunque éstas sean mandándole marchar á la boca de los cañones.

La obediencia, la sumisión, la disciplina, el valor, son rasgos que entre otros

forman al hombre; existen también aquellos que constituyen al verdadero soldado. Debe existir mutua confianza y estricta obediencia á todos los que están arriba que él.

El soldado tiene que estar en su puesto, ya en la victoria ó en la derrota. Debe estar alerta constantemente. Si de noche está de guardia, tiene que auyentar el sueño. Un momento de descuido podrá causar la ruina del ejército sobre el cual vigila. Siempre debe estar pronto para dar su vida por la seguridad de sus compatriotas. Dormir en los puestos avanzados es la muerte.—Samuel Smiles.

*
*
El hombre no vive para sí sólo. Vive igualmente para el bien de los demás tanto como para el propio. Cada cual tiene deberes que llenar, el más rico lo mismo que el más pobre.

La esfera del deber es infinita. Existe en todas las condiciones de la vida. No podemos escoger el ser ricos ó pobres, ser felices ó desgraciados; pero nos corresponde cumplir con el deber que nos rodea por todas partes. La obediencia al deber, á toda costa y riesgo, es la mismísima

esencia de la más elevada vida civilizada. Se deben ejecutar los grandes actos, deseárselos, morir por ellos, ahora como en días pasados.—El mismo Autor.

MUJERES HEROICAS

EL 18 de junio de 1863 se presentaron ante la ciudad de San Juan Bautista, capital del Estado de Tabasco, los buques de guerra franceses "Conservador," "Guarahau," "La Pique" y "La Tormenta", y después de dos días de combate, se apoderaron de la ciudad.

En el pueblo de San Antonio de Cárdenas existía una fuerza francesa á las órdenes de un oficial llamado Matías Cámara, la cual perseguía constantemente á los principales republicanos de dicho pueblo,

entre ellos, á don Andrés Sánchez Magallán, don Reyes Hernández, don Rosalío Cecías, don Juan Ribón, etc., etc., cuyas cabezas habían sido puestas á precio por el Gobierno Intervencionista.

A la madrugada del 6 de Octubre del mismo año de 1863, un grupo de mujeres armadas, esposas ó parientes de los perseguidos, se dirigieron silenciosamente al cuartel que ocupaba el destacamento francés, mataron á puñaladas al centinela y al cabo de cuarto, y ya sin dificultad, se encaminaron al alojamiento de Cámara y lo hicieron prisionero con todos los suyos.

El día 8 se pronunciaron contra los franceses las mujeres liberales de Pueblo Nuevo de las Raíces, población situada á orillas del río Grijalva, encabezando el movimiento la esposa del coronel don Lino Merino; al saberlo el jefe de la guarnición

francesa en San Juan Bautista, destacó tropas en el vapor "Palmar" para que atacaran á las sublevadas, las cuales fueron naturalmente vencidas, aunque no sin oponer brava resistencia. En este célebre combate, fué muerto un hijo de la señora de Merino, de doce años de edad, que acompañaba á su heroica madre en tan extraordinaria empresa.

La Historia nacional conservará con noble orgullo el recuerdo de las valerosas mujeres de Tabasco que tomaron parte en la lucha contra la intervención francesa, como una de las más sublimes manifestaciones de amor á la patria, en cuya defensa sacrificaron á sus propios hijos algunas de aquellas insignes matronas.

EL SOLDADO SALOME OSORIO.

ENTRE cuatro y nueve de la mañana del 1º de noviembre (1863,) tuvo lugar á media milla de la población de Cunduacán, también del Estado de Tabasco, un sangriento combate entre una fuerza republicana y una columna francesa al mando del coronel español don Eduardo González Arévalo. Como los republicanos sólo estaban dotados de dos paradas por plaza, á poco de comenzado el combate les faltaron las municiones; observado esto por los contrarios, les dieron una terrible carga con todas las probabilidades de alcanzar el triunfo; pero en estos momentos, el mayor de Ordenes don Francisco Ramírez (ya difunto), ordenó con

voz vigorosa á sus soldados; EL FUSIL A LA IZQUIERDA, EL MACHETE EN LA DERECHA, Y SOBRE ELLOS, MUCHACHOS.

Los republicanos batían en detall al enemigo haciendo espantosa matanza de suavos y quitándole dos piezas rayadas, parque y armamento. Cuando se peleaba con más furia, los franceses tocaron retirada; pero como los nuestros eran reclusas, inclusive los jefes, no entendieron el toque; un soldado raso, Salomé Osorio, que había sido del antiguo ejército de línea, viendo que los franceses retrocedían y que no se aprovechaban aquellos preciosos instantes para obtener una victoria completa, gritó diciendo que lo que tocaba el enemigo era á retirada; acometen nuevamente los liberales con poderoso empuje á la columna extranjera, y en un mo-

mento la destruyeron totalmente, debido al oportuno grito del soldado Osorio.

ENTEREZA ANTE LA MUERTE.

TROPAS republicanas al mando del coronel don Gregorio Méndez, comenzaron á sitiar en 14 de enero de 1864, la ciudad de San Juan Bautista, que ocupaban los intervencionistas (franceses y fuerzas auxiliares de la Isla del Carmen), cuyo general en jefe era don Manuel Díaz de la Vega.

En uno de tantos combates que se libraban á diario, fué mortalmente herido con bala y cinco postas en el estómago el soldado liberal José Juan, indio del pueblo de San Felipe Río Nuevo (Tabasco), y al serlo, exclamó con indignación: ¡esto

no es nada, los de Río Nuevo nunca pierden!, y quería seguir haciendo fuego, pero no tuvo ya vigor para sostener el fusil. Fué llevado al hospital, y al atenderlo el Doctor don Jaime Troncoso, le decía José Juan con admirable estoicismo, que sus heridas eran cualquier cosa, que no tuviera cuidado; el caso es que á la hora y media expiró el valiente indígena.

Muchos paisanos de José Juan, también indígenas, se unieron al ejército republicano, y puede decirse que todos ellos se portaron con igual entereza.

UN NIÑO QUE IMITA A PIPILA.

AL pasar por Huimanguillo una tropa liberal que iba á incorporarse al grueso de las que debían sitiar á San Juan Bautista, se presentó al jefe de

dicha tropa, don Andrés Sánchez Magallán, una mujer, acompañada de un niño de once á doce años, y le dijo: "Ya que yo no puedo unirme á ustedes por que soy mujer, les entrego á mi único hijo, mi único sostén, para que los ayude á defender la Patria."

El niño se despidió tiernamente de su heroica madre, á quien los de Huimanguillo llamaban doña Juana Picho, y partió con aquel grupo de valientes.

El 10 ó 12 de febrero (1864), los sitiadores de la expresada ciudad de San Juan Bautista, atacaron el cuartel principal de los franco-traidores. En los momentos en que el fuego era más mortífero, uno de los jefes de los asaltantes ordenó al hijo de doña Juana Picho que fuera á quemar con petróleo la puerta principal del cuartel. Para cumplir el niño tan peligrosa or-

den, se puso como Pipila una losa en la espalda, y por el pie del edificio se dirigió resueltamente á la puerta, á la que llegó ileso; derramó sobre ella petróleo, y le pegó fuego. Esto produjo tal desmoralización en la fuerza sitiada, que huyó precipitadamente por el costado opuesto del edificio, hasta embarcarse en los buques de guerra que se encontraban en el Río Grijalva, que toca por el Oriente la Ciudad.

Gloria al niño huimanguillense por el servicio que prestó á la causa de la República, y á la heroica doña Juana, por haber sacrificado su amor maternal en aras de la patria. (1.)

(1) Este episodio y los tres anteriores me los refirió el señor coronel Lic. Severo Carrasco Pérez, que hizo la Guerra de Intervención francesa en el Estado de Tabasco.

DIGNIDAD MILITAR.

VAMOS á referir un interesante episodio en que varios individuos de la clase de tropa se distinguieron por su dignidad militar, honrando así á la bandera que defendían.

El general don Juan N. Méndez, que era uno de los defensores de la República contra la intervención francesa, rechazó el 11 de enero de 1868, en la Congregación de Agua Dulce (cerca de Papantla Veracruz), á una fuerza de austriacos y traidores, superior á la suya; pero á causa de haberse obstinado los republicanos en perseguir á los vencidos, no obstante los reiterados toques de alto que se les daban, fueron completamente derrotados, y el

general Méndez, que á consecuencia de este desastre, quedó imposibilitado para continuar la lucha, se vió en la dura necesidad de solicitar del comandante austriaco una capitulación, que le fué concedida en los términos más honrosos.

He aquí el episodio narrado por el coronel republicano don Lauro Luna, que lo presenció.

“Al ir el suscrito (el mismo coronel Luna), á la comandancia militar de Papantla llevando á los soldados de Tetela y uno que otro de Zacatlán, Xochitlán, etc., para entregar las armas, según lo estipulado en la capitulación, la mayor parte de ellos estaban desnudos, enfermos y llenos de miseria: el jefe austriaco que recibió el armamento, pidió la lista de sus compañeros (la lista de la tropa prisionera), y por ella fué llamando uno á uno para darles una

onza de oro, dizque para los gastos que erogaran en el camino para llegar á su tierra.

Ningún soldado, cabo ó sargento quiso recibir aquel regalo. Todos manifestaron tener lo suficiente para llegar á su casa, y que por lo mismo, daban las gracias; si recibieron con mucho gusto los cuatro ó seis reales que á cada uno les tocó del reparto que el señor general Alatorre mandó hacer, de los escasos fondos que existían en la Administración de Rentas de aquel Cantón. (La Gran Década Nacional, Tomo III, pág. 382.)

ODIO AL INVASOR EXTRANJERO

POR el mes de octubre de 1865, las brigadas Unidas de Sinaloa y Jalisco al mando del general don Ramón

Corona, tomaron posiciones en puntos cercanos al puerto de Mazatlán, incomunicando por tierra á las tropas francesas y traidoras que trataban de someter el Estado de Sinaloa al Impèrio de Maximiliano.

El 18 de marzo de 1866 salieron de la plaza de Mazatlán 400 franceses y 600 mexicanos con el objeto de incorporarse á las fuerzas de Lozada, quien, procedente de Tepic, intentaba á la sazón invadir el referido Estado, para llevar á efecto el nuevo plan de operaciones que había proyectado el jefe de los franceses, contra los republicanos. Tres choques sangrientos tuvieron lugar en Villa-Unión, quedando la tropa franco-mexicana cortada de su línea de incorporación, hasta que al fin, rompió por entre las filas republicanas, y volvió á su cuartel general, tenazmente perseguida por los liberales.

Se cuenta que en el primer choque, "Un episodio algo novelesco tuvo allí lugar entre un francés y un republicano, que yacían en el suelo bañados en sangre, á distancia como de quince pasos uno de otro, pudiéndose conjeturar que eran dos adversarios que en la refriega se habían herido recíprocamente. De improviso se vió al mexicano medio incorporarse con dificultad, empuñar un cuchillo que sacó de entre sus vestidos, arrastrarse trabajosamente hasta llegar al francés y hundirle en el corazón el arma con tal fuerza, que á él mismo se agotó también la que le quedaba, cayendo en el acto sin vida sobre el pecho de su adversario. Estos bríos, aun en presencia de la muerte, revelan el odio que se tenía al invasor extranjero." (Breves apuntes para la historia de la Guerra de Intervención en Sinaloa, por el Lic. Eustaquio Buelna, pág. 198.)

ABNEGACION DE LA CLASE DE TROPA EN CAMPAÑA

Don Juan de Dios Arias bosqueja en su Resumen Histórico de la formación y operaciones del Cuerpo del Ejército del Norte, la situación miserable de la clase de tropa de ese ameritado ejército, durante una época de la guerra contra la Intervención Francesa y sus aliados.

Nos complacemos en copiar á continuación ese bosquejo, por que en él se ve la suprema abnegación con que los de nuestra clase, soportaron en aquella memorable campaña, la desnudez, el hambre y la fatiga.

"La pluma se resiste á trazar el relato vivo de las situaciones diversas y siempre

angustiosas en que los republicanos frecuentemente se veían. Nunca los recursos que se proporcionaban eran bastantes á cubrir su desnudez; los jefes, y la oficialidad durante muchos meses partían con el soldado un rancho sobrio hasta la miseria; el dinero era desconocido por semanas enteras, y muy ricos se consideraban todos, si al cabo de ochenta días recibían el préstamo de media quincena. A veces, y eran muchas, los oficiales se distinguían de los soldados por sólo la voz de mando; pues que los harapos de unos y otros eran iguales.

“El hábito de la desnudez era tal, que en una ocasión en que una pequeña fuerza republicana se presentó vestida con blusa y pantalón de manta ordinaria, se creyó que era el enemigo; y lo más singular en este caso fué, que lejos de produ-

cir celos ó envidias ese pasajero bienestar de un pobre batallón, su presencia causó entre sus compañeros desprovistos, un sentimiento de placer que tenía mucho de tierno y de sublime; hubo felicitaciones y repetidas muestras de contento. En cuanto á víveres y sueldos, la suma escasez de ellos no dejó de causar en ciertas ocasiones algo de murmuración entre la tropa; pero siempre que esto acontecía, el general Escobedo reuniéndola y haciendo uso de una elocuencia militar que le era característica, le dirigía la palabra; encarecía el deber de sacrificarse por la patria; enaltecía la honra y la gloria que á la nación resultaría de consignar en su historia tan inauditos padecimientos, tan heroica abnegación; pintaba el porvenir con los más vivos coloridos; modulaba su voz en el tono solemne del mando, para recor-

dar á los soldados las severas obligaciones de la Ordenanza; les prometía nuevos triunfos, y de esta manera, entusiasmando á su hambriento auditorio, le hacía prorumpir en vivas y aplausos, y le arrancaba los ofrecimientos más generosos de constancia y de abnegación.

“Eran tan repetidos estos casos, que cuando la fatiga por aquellos desiertos inspiraba al jefe la necesidad de arengar á sus tropas, algunos soldados al reunirse, solían decir: “ya tenemos ración para tres días.” Pero se habían formado un hábito en oír la voz de su jefe; de manera que, una vez, cuando las circunstancias comenzaron á variar, y que ya no se hacía necesario sostener el espíritu guerrero en fuerza de discursos, un soldado, pasando cerca de Escobedo y cuadrándose ante él, le dijo: “mi general, qué, ¿ya no nos dice Ud. nada?”

CABO CUARTO, ESTOY DESARMADO

HOJEANDO una colección de periódicos antiguos, encontramos uno intitulado “El Boletín Republicano” correspondiente al domingo 7 de julio de 1867, y en el cual se refiere un episodio que causó general admiración.

Ese episodio ocurrió en el sitio de Querétaro el 27 de abril de 1867. El soldado raso Damián Carmona, originario de Mexquitic (Estado de San Luis Potosí), y que pertenecía al ejército republicano, desempeñaba ese día el servicio de centinela en la trinchera situada entre el Panteón y la Casa de Matanza. Eran las seis de la tarde, hora en que se comenzaba á pasar lista, cuando una de las granadas que dirigía

el enemigo á las bandas que le llamaban la atención, cayó como á uno ó dos metros del centinela Carmona. Este, en vez de abandonar su puesto para ponerse á salvo, esperó con extraordinaria serenidad á que hiciera explosión la granada. Uno de sus fragmentos le destrozó el fusil, y en el acto, con voz firme, gritó: ¡cabo cuarto, estoy desarmado!, presentándole al mismo tiempo el cañón del fusil hecho arco por el golpe que recibió.

Acción tan heroica, orgullo de los hijos del Estado de San Luis Potosí, no quedó sin recompensa. En los momentos de ser consumada, fué ascendido Carmona á la clase de cabo, en presencia de la tropa y poco después, varias señoritas potosinas, le enviaron, como un homenaje á su valor y serenidad, una corona adornada con varias piezas de oro por valor de ciento ca-

torce pesos, que le entregó el general Escobedo, en una solemnidad que se organizó exclusivamente con ese objeto, bajo el siguiente:

Programa para la ovación patriótica de que será objeto el soldado Damián Carmona, el 16 del corriente. (16 de julio de 1867.)

“A las nueve de la mañana, se hallarán las tropas que deban concurrir, formadas en cuadros concéntricos, en la plaza del 5 de Mayo (antes del Recreo.)

“A la misma hora el Ciudadano general en jefe, comandante militar, ayuntamiento y demás autoridades, concurrirán al mismo sitio, y ocuparán el templete que debe estar preparado en el centro de la plaza, y en cuyo templete habrá un lugar visible y distinguido para el obsequiado.

“Inaugurará el acto la pieza llamada “Si-

tio de Querétaro," tocada por la música bélica.

"Una comisión especial sacará de entre las filas al soldado, objeto de la solemnidad, y lo conducirá al templete, en donde pronunciará á continuación un discurso el C. Hilarión Frías y Soto.

"Concluido el discurso, recibirá el obsequiado, de manos del general en jefe, C. Mariano Escobedo, el testimonio concedido á su valor por el entusiasta bello sexo potosino. A este obsequio lo acompañará un decente cuadro que contendrá los documentos relativos impresos en raso, y con cuyo cuadro los hijos de Querétaro perpetúan este hecho y rinden su homenaje al valor y patriotismo.

"En ese acto una comisión del club "Arteaga" presentará el obsequio que tiene dispuesto y un diploma de SOCIO

HONORARIO extendido al C. Damián Carmona.

"Acompañado de la comisión el C. Damián Carmona recorrerá las filas del cuadro, recibiendo los vítores de sus compañeros de armas, y volverá al templete á recibir las felicitaciones; concluidas las cuales, y conducido por la misma comisión, se incorporará á las filas, donde será saludado con las dianas, que terminarán la solemnidad."

ACCION HEROICA DE UN MARINO MEXICANO

TAMBIÉN los marinos mexicanos al servicio de nuestros buques de guerra, no han vacilado en arrostrar los más grandes peligros, cuando la patria ha necesitado de su valor.

tio de Querétaro," tocada por la música bélica.

"Una comisión especial sacará de entre las filas al soldado, objeto de la solemnidad, y lo conducirá al templete, en donde pronunciará á continuación un discurso el C. Hilarión Frías y Soto.

"Concluido el discurso, recibirá el obsequiado, de manos del general en jefe, C. Mariano Escobedo, el testimonio concedido á su valor por el entusiasta bello sexo potosino. A este obsequio lo acompañará un decente cuadro que contendrá los documentos relativos impresos en raso, y con cuyo cuadro los hijos de Querétaro perpetúan este hecho y rinden su homenaje al valor y patriotismo.

"En ese acto una comisión del club "Arteaga" presentará el obsequio que tiene dispuesto y un diploma de SOCIO

HONORARIO extendido al C. Damián Carmona.

"Acompañado de la comisión el C. Damián Carmona recorrerá las filas del cuadro, recibiendo los vítores de sus compañeros de armas, y volverá al templete á recibir las felicitaciones; concluidas las cuales, y conducido por la misma comisión, se incorporará á las filas, donde será saludado con las dianas, que terminarán la solemnidad."

ACCION HEROICA DE UN MARINO MEXICANO

TAMBIÉN los marinos mexicanos al servicio de nuestros buques de guerra, no han vacilado en arrostrar los más grandes peligros, cuando la patria ha necesitado de su valor.

He aquí un bello rasgo de heroísmo que comprueba nuestro aserto.

Estando el cañonero "Demócrata" en el puerto de Mazatlán, fué comisionado su comandante por el Supremo Gobierno, en noviembre ó diciembre de 1897, para colocar en la isla "Clipperton" la bandera mexicana, en señal de que nos pertenece aquélla porción de tierra, situada en aguas del Océano Pacífico.

El día en que el cañonero avistó la isla, no era posible acercarse á la costa por que la mar estaba enfurecida. Un bote que se desprendió del cañonero, hizo inauditos esfuerzos por desembarcar, pero no pudo lograrlo cuantas veces lo intentó. Nuestra bandera no habría llegado á tierra aquel día, si no es por el valor temerario del Aprendiz de Fogonero, Julián Santos, que fué como boga del bote, y que volunta-

riamente se arrojó al agua, llevando consigo el tubo de hoja de lata que contenía la enseña; atravesó á nado las rompientes perseguido por algunos tiburones que lo atacaron, y de los cuales se defendía con el mismo tubo, á la vez que luchaba ya fatigado, con las furiosas olas.

Los tripulantes del "Demócrata" y los del bote lanzaban exclamaciones de horror ante aquel espantoso cuadro; los momentos de suprema angustia pasaron al fin; el bravo marino llegó á tierra, pero desfallecido de cansancio por la tremenda lucha que tuvo que sostener.

Informado el Supremo Gobierno de tan brillante hazaña, recompensó á Julián Santos con una medalla del Mérito Naval, que tiene la siguiente inscripción: "Premio por acción Heroica.—1^a. Clase."

MAXIMAS.

“El soldado debe tener muy presente que de pendenciero á valiente hay una enorme diferencia; sucede generalmente que el que está siempre dispuesto á querrellarse ó ir á las manos con sus camaradas, es el que menos peleará con el enemigo el día del combate.

“Desde que el soldado llega á su compañía ó escuadrón, sus maneras, sus acciones y sus costumbres deben tender á crearse simpatías entre sus iguales, y consideraciones y aprecio entre sus superiores; para conseguir lo primero, el trato dulce, comunicativo, la sinceridad en todo, huir á todo trance de las pendencias, participar gustoso de las fatigas y penalidades de sus compañeros, auxiliarlos en todo aquello que se pueda, es la mejor garantía de buen éxito. Para conseguir lo segundo, debe ser respetuoso y servicial sin humillación, ciego obediente al mando, no murmurar jamás de sus superiores, ni hablar mal de sus iguales, soportar con agrado las fatigas del servicio, manifestar sangre fría en los momentos solemnes del

peligro y cumplir con exactitud todos los deberes de la profesión.

“Observando estas máximas, se conquistará muy pronto, no sólo la consideración sino hasta el cariño de sus jefes y oficiales; así vivirá feliz relativamente, conservará intacta su moral, y por lo mismo, su valor no sufrirá menoscabo alguno.” (Enquiridión por el general Rocha, Tomo I, pág. 41.)

DE LOS BUENOS SOLDADOS.

“A los ojos de un militar experimentado, el buen soldado se conoce á primera vista:

“Por su excesiva limpieza personal;

“Por el de su vestuario y equipo;

“Por la limpieza y perfecto estado de servicio en que mantiene sus armas;

“Por su aspecto marcial;

“Por su continente tranquilo y siempre sereno;

“Por lo bien que sabe llevar el uniforme y el tocado militar;

“Por aquel respeto cariñoso que observa siempre con sus superiores, y en fin,

por su dignidad personal nunca desmentida.

“El buen soldado, en cualquiera situación y en toda circunstancia, ya sea en guarnición ú en campaña, debe distinguirse. En servicio desempeña su cometido con la más escrupulosa exactitud; en los ejercicios y maniobras se le ve manejar y llevar el arma con gracia y perfección; su modo de marchar, siempre correcto y marcial, deja conocer tanto su vigor físico como su vigor moral, y aquella confianza que en cualquiera circunstancia adquiere el hombre cuando tiene la conciencia de su valer. En campaña sonríe tranquilo y sereno, y ni una gran suma de privaciones, ni los más tremendos peligros, ni las situaciones más delicadas, le hacen perder su buen humor. En la guerra, durante los combates, está pendiente del oficial comandante de la fracción á que pertenece, para dar exacto cumplimiento á las órdenes ó indicaciones que de él reciba.

Después de la victoria es clemente con el vencido; si hace personalmente algunos prisioneros, los considera, los cuida y los defiende contra cualquiera agresión injusta, y si alguna de ellos está herido, lo consuela, trata de curarlo, y hace por él y por

mejorar su suerte, cuantos sacrificios estén á su alcance.”—El General Rocha.

UNA OPINION ACERCA DE LOS SOLDADOS MEXICANOS.

“El soldado mexicano, bien conducido, sabiamente mandado, no tiene igual en el mundo. Con razón algunos oficiales franceses me decían cuando yo era su prisionero de guerra: *“Hemos combatido en Rusia, en Italia, en Africa; no conocemos soldados más sobrios, más modestos y más valientes que los vuestros. Cuando la generalidad de vuestros oficiales se instruya y sepa conducirlos al combate, tendréis un hermoso y temible ejército.”* (Enquiridión por el general Rocha, Tomo I, pág. 30)

TRAICION A LA PATRIA.

ES traidor á la patria quien ataca la independencia de su país.

Quien comete tan execrable y nefando crimen es aborrecido y des-

preciado aún por los extranjeros á quienes favorece su traición.

En el parte que el general don Jesús González Ortega dió al Supremo Gobierno, acerca de todos los acontecimientos ocurridos en la defensa de la ciudad de Puebla contra los franceses, dice que cuando estaba entendiéndose con el general Forey para lo relativo á la ocupación de la plaza por el ejército sitiador,

“Como á las siete de la mañana, entraron varios grupos de traidores (los mexicanos que se aliaron á los franceses) por la plazuela de San José y por algunas calles de la ciudad, cometiendo excesos y desórdenes. Uno de esos grupos penetró hasta la Plaza de Armas. Cuando se hallaba en este punto, el pueblo gritó á los individuos de que se componía, llamándolos TRAIADORES Y BANDIDOS.

“El grupo arremetió con las lanzas sobre el pueblo, y éste se diseminó, dirigiéndose frente al atrio de Catedral y Palacio del Gobierno.”

He aquí una manifestación del odio del pueblo á los traidores.

Váis á ver cómo trataron los franceses á los mexicanos que se les aliaron.

“Entre diez y once del día, (17 de ma-

yo de 1863) pasaban unos oficiales pertenecientes á las fuerzas de don Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dió el epíteto de TRAIADORES.

“Unos Cazadores de Africa desdoblaron algunas baquetas de fusil de las que se hallaban tiradas en las calles, y con ellas azotaron públicamente á dichos oficiales.

“Un grito general de aprobación resonó por todas partes.

“Era el pueblo que se hallaba diseminado en el atrio de Catedral y calles inmediatas, y nuestra oficialidad que se encontraba colocada en los balcones de Palacio y que unánimes aplaudían aquel acto.

“Castigo degradante, pero muy merecido, de quien se liga con huestes extranjeras para hacer la guerra al suelo en que nace.”

(Parte del general Jesús González Ortega, relativo á la defensa de Puebla en 1863.)

DEL VALOR.

SE da el nombre de valor á ese sentimiento generoso que nos incita á cumplir con nuestro deber, aun afrontando un peligro probable ó seguro.

El valor es una palabra genérica que se refiere á una acción cualquiera de orden material ó moral. En el sentido de ir en busca de un peligro de la guerra, el valor es una virtud militar; pero el valor cívico es el que consiste en mantener con firmeza sus opiniones, aun contra las del mayor número y en cumplir rigurosamente el deber, corriendo el riesgo de un daño personal.

El verdadero valor no debe confundirse con la temeridad. Esta se arroja á cuerpo descubierto en el peligro, fiándose neciamente en su audacia; aquel al contrario, considera el peligro de frente, lo examina y estudia el medio de vencerlo.

En el lenguaje ordinario, se atribuye la misma significación á las palabras valor, bravura, intrepidez. Para nosotros los mi-

litares, esas palabras constituyen otros tantos matices diferentes que es muy importante conocer y que me esforzaré en aclarar.

La palabra valor tiene tres significaciones:

Valor en el sentido absoluto;

Valor cívico;

Valor militar.

En la primera acepción, el valor es la virtud que hace que el hombre sobresalga en todo lo que emprende. De este modo el pintor, el escultor y el que se distingue en el ejercicio de su profesión, son hombres de valor.

“Por valor cívico entendemos la virtud que nos hace afrontar un peligro cualquiera, fuera de la guerra, para prestar ayuda á nuestros semejantes. Salvar con peligro de la vida al que se ahoga ó se quema, detener caballos desbocados, etc., son actos de valor cívico y provienen de la bondad del corazón así como de una gran espontaneidad de sacrificio.

En el sentido militar, el valor es la virtud por la cual el hombre sabe hacer útiles y provechosas su intrepidez y su bravura.

La bravura se aplica á la impetuosidad, al arrojo con que el hombre afronta un

peligro cualquiera. Se emplea más generalmente esta palabra para calificar una acción de guerra. La bravura es, esencialmente el resultado de una resolución violenta; ataca al obstáculo de frente y lo vence por la fuerza más bien que por el arte; supone una acción material y se refiere mucho más al que la ejecuta que al que la manda.

La intrepidez es la calma y la firmeza en el peligro.

La mucha costumbre y el conocimiento del peligro ante el cual se marcha, hacen al hombre intrépido y le impiden exagerar el obstáculo, proporcionándole al mismo tiempo toda la experiencia y con ella todos los medios posibles para vencerlo.

La acción en la cual se revelan el valor, la bravura y la intrepidez, se llama proeza. (De las virtudes militares, por el Capitán Michel.)

MILITARES DE HONOR

NO solamente los militares de valor son capaces de afrontar los peligros de la guerra; también los que no tienen aquella cualidad

van, si son hombres de honor, á la boca de los cañones, en cumplimiento de su deber.

Esto se ve claramente en una anécdota que publicó el ilustrado coronel de Estado Mayor, don Luis G. Palacios, en el periódico esperantista llamado Verda Stelo.

He aquí la anécdota:

“En uno de tantos combates que refiere nuestra historia militar, y cuyos detalles completos se han perdido entre las brumas de los pasados tiempos, tuvo lugar la siguiente escena:

“Durante la acción de Santa Rita de Morelos algunos escuadrones recibieron orden de cargar sobre la infantería enemiga, que hacía un fuego mortífero contra ellos. El oficial que mandaba el ataque marchaba á vanguardia, según prevenía la táctica, pero iba densamente pálido.

“El general Arista, que mandaba en jefe allí, le gritó: Señor oficial, usted tiene miedo!”

“Este oficial, llamado Aznar, continua su marcha de avance; pero más y más pálido.

“Señor oficial, usted tiene miedo!” le volvió á decir Arista.

Marchando imperturbable, respondió el oficial:

“Sí, señor, tengo miedo; pero Ud. con la mitad del que yo tengo, ya habría echado á correr.

“Arista vió en esta respuesta el triunfo del honor, y desde entonces Aznar fué su amigo favorito.

“En efecto, Aznar era el perfecto modelo del hombre de honor.”

EL IMPERIO SOBRE SI MISMO

EL imperio sobre sí mismo no es más que el valor bajo otra forma. Casi se le puede considerar como la esencia primitiva del carácter . . .

El imperio sobre sí mismo es la raíz de todas las virtudes. Que un hombre suelte las riendas á sus sentimientos y á sus pasiones, y desde ese momento renuncia á su libertad moral. Es arrastrado por la corriente de la vida y se hace esclavo de su más violento capricho.

“Para ser moralmente libre, para elevarse sobre el bruto, el hombre debe tener la fuerza de resistir á sus impulsos instintivos, y el no la adquiere sino tomando la costumbre de dominarse. Es pues, esa facultad la que constituye la diferencia entre la vida física y la vida moral, y que forma la base principal del carácter individual.

En la Biblia se hacen elogios, no al hombre fuerte “que se apodera de una ciudad,” sino al hombre más fuerte aún “que go-

bierna su propio espíritu." Ese hombre más fuerte es aquel que revisa constantemente sus pensamientos, sus palabras y sus acciones. Los nueve décimos de los deseos viciosos que degradan á la sociedad, y que, cuando han sido satisfechos, son una vergüenza, se reducirían á nada, si se les opusiera una firme disciplina propia, el respeto de sí mismo y el imperio sobre sí mismo. Por la práctica vigilante de esas virtudes, la pureza del corazón y del espíritu pasan al estado de constumbre, y el carácter se edifica en la castidad, la virtud y la templanza.

El mejor apoyo del carácter se encuentra siempre en el hábito que, conforme sea dirigida la voluntad hacia el bien ó hacia el mal, según sea el caso, será para nosotros el señor más dulce ó el déspota más cruel. Podemos ser los súbditos voluntarios del primero ó los esclavos serviles del segundo: el uno nos guía en la senda del bien, el otro nos precipitará hacia la ruina.

El hábito se forma por una educación esmerada y todo lo que se obtiene por una disciplina sistemática y un ejercicio regular, es verdaderamente sorprendente. Bajo su influencia, ved lo que se hacen los elementos más ingratos, esos vagos reco-

gidos en las calles, ó esos campesinos incultos arrancados á la labor, en los cuales se desarrollan las cualidades de valor, de paciencia y de abnegación, que nunca se hubieran sospechado en ellos; esos hombres disciplinados con cuidado, han dado al mundo sobre el campo de batalla, ó en los peligros aun más terribles del mar, ..

.....
... ejemplos notables de verdadera bravura llevada algunas veces al heroísmo.

La disciplina y el ejercicio moral no tienen menos influencia en la formación del carácter. Sin ellos no hay ni sistema conveniente, ni orden en el arreglo de la vida. Con ellos se desarrolla el respeto de sí mismo, el sentimiento del deber, y la obediencia se hace un hábito. El hombre que se sabe gobernar mejor, y que por consiguiente es el más independiente, queda sometido á una disciplina, y cuanto más perfecta sea esa disciplina, tanto más elevado será el nivel moral. Es necesario dominar sus deseos y sujetarlos á las facultades más elevadas de su naturaleza, á fin de que obedezcan al guía que está en nosotros, la conciencia; de otro modo se convierte uno en esclavo de sus inclinaciones, en juguete del capricho y del pri-

mer impulso.—(El carácter, por Smiles, pág. 149.)

DE LA DISCIPLINA.

LA disciplina es un principio de orden que norma la conducta de los individuos que forman parte de una familia, de un cuerpo, de una sociedad entera. Proviene del sentimiento profundo del deber, pero debe inculcarse y mantenerse por medios coercitivos; es por ella, en efecto, como se aprende el respeto á la ley, que es la primera base de toda organización social.

Las naciones que comprenden la disciplina adquieren solas el derecho de darse un gobierno libre. La disciplina y la libertad aumentan ó disminuyen al mismo tiempo, y no pueden reinar una sin la otra, pues se ha demostrado que entre los pueblos poco disciplinados la libertad se cambia en anarquía y en ruina.

La importancia ya muy grande de la disciplina en la constitución social de las naciones, se hace absolutamente vital en

la constitución de los ejércitos; si estos últimos no se someten á una fuerte disciplina, no serán más que una multitud desordenada é incapaz de una misión benéfica cualquiera. Existen muchas definiciones de la disciplina militar; unos la llaman la base fundamental, otros el alma de los ejércitos; aquí se le define como la razón intrínseca de la virtud de las tropas; en otra parte, considerando un orden distinto de ideas, se quiere que sea la sumisión perfecta al Reglamento y la exacta ejecución de lo prescrito. Si la idea que se tiene de la disciplina no es en todas partes la misma, no hay más que una apreciación acerca de ella y todos están de acuerdo en reconocer su gran utilidad, su absoluta necesidad.

Es únicamente por ella cómo centenares de miles de hombres pueden llevarse á obrar, como un sólo hombre, á cooperar al éxito de un sólo y único pensamiento: el del Jefe.

La disciplina es eminentemente educadora y moralizadora; enseña el deber á los más indóciles; hombres bruscos é ignorantes, incapaces de una acción generosa, se convierten en poco tiempo, bajo su influencia, en soldados de honor y de valor,

La disciplina produce esencialmente la unidad; reúne los diversos grados de la escala jerárquica determinando las relaciones recíprocas, de manera que la palabra del Jefe llegue hasta el último subalterno, y asigna á cada grado su misión, su deber particular.

Por efecto de la disciplina, cada miembro de la gran familia se liga al que le precede y al que le sigue, y esta cadena no interrumpida, comunica á cada eslabón la misma fuerza de actividad y de sensibilidad para la ejecución de un mismo pensamiento.

Los grados intermediarios entre el jefe y el soldado forman la jerarquía militar. La relación entre el grado inferior y el grado superior se llama subordinación. La subordinación no contiene nada que no esté de acuerdo con nuestra dignidad, porque no hay en su acción nada de personal.

En la jerarquía militar, cada uno representa con su grado un rodaje más ó menos importante, pero siempre indispensable al perfecto funcionamiento del mecanismo entero que se llama ejército.

La consecuencia directa de la subordinación es la obediencia.

La obediencia es de dos especies: abso-

luta é irresponsable, premeditada y razonada.

Sin querer decir aquí cuál de los dos modos de obedecer es el mejor, creo poder afirmar que la verdadera obediencia consiste en apurar toda la inteligencia para encontrar los mejores medios de ejecutar las órdenes recibidas. Es así, en mi concepto, como debe comprenderse la obediencia militar, que es ciertamente el deber más indispensable del soldado.

La disciplina es la abnegación de la voluntad pero no de la capacidad. Esta debe servirnos especialmente para examinar las acciones de nuestros inferiores, jamás para criticar las de nuestros superiores. (De las virtudes militares, por el Capitán Michel, pág. 21.)

SUBLIME RASGO DE DISCIPLINA

OCUPADO el Castillo de Chapultepec por el ejército norteamericano el 13 de septiembre de 1847, dos fuertes columnas del mismo ejército

avanzaron por las calzadas de Chapultepec y la Verónica, con el objeto de atacar la ciudad de México por las garitas de Belem y San Cosme.

El general Santa Anna encargó al general Terrés la defensa de la primera de las expresadas garitas y la calzada de la Piedad.

A causa de lo insuficiente de los parapetos, del corto número de las tropas y de no tener algunas de éstas municiones del calibre de sus armas, no pudo el general Terrés resistir el poderoso y bien combinado empuje del enemigo, muy superior en número, y se retiró con su puñado de hombres (80) á la Ciudadela. Al saber esto Santa Anna, que á la sazón se hallaba en la garita de San Cosme, se trasladó rápidamente á la de Belem, y, fuera de sí por que le informaron que se había orde-

nado sin necesidad la retirada, "dió dos ó tres latigazos á Terrés, le mandó arrancar la espada y las divisas, y le previno que quedara arrestado en la Ciudadela." Pudieron más en aquellos momentos en el valiente veterano los DEBERES Y EL HABITO DE LA DISCIPLINA, que los impulsos de su honra mancillada, cuyo desagravio encomendó al tiempo y al consejo de guerra que se le formó posteriormente."

El general Micheltoarena, defensor de Terrés ante dicho tribunal, demostró satisfactoriamente que era imposible la defensa de la garita de Belem, entre otras causas, por la mala colocación de las trincheras y por haber ordenado Santa Anna el cambio de los cañones, de un punto á otro, sin cambiarse también las municiones; de lo que resultó que no pudieron

hacerse uso de ellos en los momentos del ataque. El verdadero responsable de la pérdida del punto, fué, pues, Santa Anna, á quien la Historia acusa de haber cometido el delito de abuso de autoridad en la persona del general Terrés, y presenta á este distinguido jefe como uno de los más grandiosos modelos de la virtud militar que se llama DISCIPLINA.

LO QUE ES LA PATRIA

PATRIA es el país á que pertenecemos, conforme á sus leyes, ya sea por nacimiento, naturalización ú otro motivo.

La República Mexicana es, conforme á nuestra Constitución política, la patria de todos los nacidos dentro ó fuera de su territorio, de padres mexicanos.

Pertenecen también á nuestra Repú-

blica, y son, por consiguiente, mexicanos, según la misma Constitución:

Los extranjeros que se naturalicen conforme á las leyes de la Federación.

Los extranjeros que adquieren bienes raíces en la República, ó tengan hijos mexicanos, siempre que no manifiesten la resolución de conservar su nacionalidad.

Los mexicanos por nacimiento debemos amar á la patria que á costa de tantos sacrificios nos dieron nuestros antepasados. Es incontable el número de los que sucumbieron por hacernos libres ó independientes del dominio de España.

También son innumerables los que murieron en defensa de la causa de la República contra la reacción clerical; en la guerra contra la invasión norteamericana, muertos dignos de veneración por más que se nos haya arrebatado una gran parte de nuestro territorio; muchísimos son los que perecieron en la campaña contra la intervención francesa, dando hermosos ejemplos de valor y patriotismo.

Si pusiéramos una cruz en la fosa en que yacen los restos de cada uno de tantísimos muertos ilustres, el territorio nacional parecería un gran cementerio.

Debemos defender la independenciam, el

territorio, el honor, los derechos é intereses de la patria en que disfrutamos de todos los derechos del hombre sin intervención de ningún país extraño, merced á los sacrificios que por conquistarnos tan inmensos bienes, hicieron nuestros mayores y muchos de la generación presente, que aun viven, como nuestro actual Presidente, el general Porfirio Díaz, quién, además, ha logrado demostrar á los países extranjeros, lo que les parecía imposible, que somos capaces de gobernarlos por nosotros mismos.

AL SOLDADO.

Máximas y Preceptos

El soldado desertor
Falta al deber y al honor.

Si quieres honor tener,
Cumple siempre tu deber.

Sin el fusil del soldado,
No hay progreso asegurado.

El militar es sostén
De la paz, fecundo bien.

La Patria le ha encomendado
La defensa de su honor
Y su suelo codiciado;
Por eso debe abnegado
Sufrir del mando el rigor.

En campaña soportar
Sin una queja exhalar,
Las inclemencias del cielo,
Las jornadas sobre el hielo,
O bajo el fuego solar.

Como se quiere á la madre,
A la Patria has de querer;
La debes obedecer
Como se obedece al padre.

No dejes que á tu bandera
La viole gente extranjera.

No sólo es el más valiente
Quien triunfa con heroísmo;
Lo es también, tenlo presente,
El que se vence á sí mismo.

Domina siempre el coraje
Que te ocasione el ultraje.

Si quieres grata existencia,
Rinde culto á la obediencia.

territorio, el honor, los derechos é intereses de la patria en que disfrutamos de todos los derechos del hombre sin intervención de ningún país extraño, merced á los sacrificios que por conquistarnos tan inmensos bienes, hicieron nuestros mayores y muchos de la generación presente, que aun viven, como nuestro actual Presidente, el general Porfirio Díaz, quién, además, ha logrado demostrar á los países extranjeros, lo que les parecía imposible, que somos capaces de gobernarlos por nosotros mismos.

AL SOLDADO.

Máximas y Preceptos

El soldado desertor
Falta al deber y al honor.

Si quieres honor tener,
Cumple siempre tu deber.

Sin el fusil del soldado,
No hay progreso asegurado.

El militar es sostén
De la paz, fecundo bien.

La Patria le ha encomendado
La defensa de su honor
Y su suelo codiciado;
Por eso debe abnegado
Sufrir del mando el rigor.

En campaña soportar
Sin una queja exhalar,
Las inclemencias del cielo,
Las jornadas sobre el hielo,
O bajo el fuego solar.

Como se quiere á la madre,
A la Patria has de querer;
La debes obedecer
Como se obedece al padre.

No dejes que á tu bandera
La viole gente extranjera.

No sólo es el más valiente
Quien triunfa con heroísmo;
Lo es también, tenlo presente,
El que se vence á sí mismo.

Domina siempre el coraje
Que te ocasione el ultraje.

Si quieres grata existencia,
Rinde culto á la obediencia.

En el soldado es el vicio
Lo que al ciego, el precipicio.

Con tu amigo se indulgente;
Con tu enemigo, prudente.

Respetando al superior
Y obedeciendo con juicio,
Se tornará en una flor
Cada espina del servicio.

Al traidor á su bandera,
Lo sigue el odio doquiera.

Huye del vil militar
Que del superior murmura,
Pues puede su lengua impura
Incitarte á murmurar.

No debes obedecer
Al ambicioso falaz
Que intente turbar la paz
Para subir al poder;
Que si patria tienes ahora,
Puedes perderla mañana,
Mientras viertes sangre hermana
En guerra desoladora.

La gran tropa del pasado,
Dejó en nuestro suelo amado

Rastros brillantes de gloria;
Lee con orgullo su historia,
Que es de virtudes dechado.

Ella peleó noche y día
Por la santa libertad,
Sufriendo en la travesía
Con sublime estoicidad,
El hambre y la nostalgia.

Si á la guerra vas mañana
El ejemplo ten presente
De esa legión veterana,
Que fama dió de valiente
A la Tropa Mexicana

Jorge Suárez Pichardo.

**

Himno Nacional Mexicano.

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra,
Al sonoro rugir del cañón.*

Ciña ¡oh patria! tus sienes de oliva
De la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.

En el soldado es el vicio
Lo que al ciego, el precipicio.

Con tu amigo se indulgente;
Con tu enemigo, prudente.

Respetando al superior
Y obedeciendo con juicio,
Se tornará en una flor
Cada espina del servicio.

Al traidor á su bandera,
Lo sigue el odio doquiera.

Huye del vil militar
Que del superior murmura,
Pues puede su lengua impura
Incitarte á murmurar.

No debes obedecer
Al ambicioso falaz
Que intente turbar la paz
Para subir al poder;
Que si patria tienes ahora,
Puedes perderla mañana,
Mientras viertes sangre hermana
En guerra desoladora.

La gran tropa del pasado,
Dejó en nuestro suelo amado

Rastros brillantes de gloria;
Lee con orgullo su historia,
Que es de virtudes dechado.

Ella peleó noche y día
Por la santa libertad,
Sufriendo en la travesía
Con sublime estoicidad,
El hambre y la nostalgia.

Si á la guerra vas mañana
El ejemplo ten presente
De esa legión veterana,
Que fama dió de valiente
A la Tropa Mexicana

Jorge Suárez Pichardo.

**

Himno Nacional Mexicano.

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra,
Al sonoro rugir del cañón.*

Ciña ¡oh patria! tus sienes de oliva
De la paz el arcángel divino,
Que en el cielo tu eterno destino
Por el dedo de Dios se escribió.

Mas si osare un extraño enemigo
Profanar con su planta tu suelo,
Piensa, ¡oh patria querida! que el cielo
Un soldado en cada hijo te dió.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

En sangrientos combates los viste
Por tu amor palpitando sus senos,
Arrostrar la metralla serenos,
Y la muerte ó la gloria buscar.

Si el recuerdo de antiguas hazañas
De tus hijos inflama la mente,
Los laureles del triunfo tu frente
Volverán inmortales á ornar.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Como al golpe del rayo la encina
Se derrumba hasta el hondo torrente
La discordia vencida, impotente,
A los piés del arcángel cayó.

Ya no más de tus hijos la sangre
Se derrame en contienda de hermanos;
Sólo encuentra el acero en sus manos
Quien tu nombre sagrado insultó.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Del guerrero inmortal de Zempoala
Te defiende la espada terrible,

Y sostiene su brazo invencible
Tu sagrado pendón tricolor.

El será del feliz mexicano,
En la paz y en la guerra el caudillo,
Porque él supo sus armas, de brillo
Circundar en los campos de honor.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
De la patria manchar los blasones!
¡Guerra, guerra! Los patrios pendones
En las olas de sangre empapad.
¡Guerra, guerra! En el monte en el valle
Los cañones horrisonos truenen,
Y los ecos sonoros resuenen
Con las voces de ¡unión! ¡libertad!

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Antes, patria, que inermes tus hijos
Bajo el yugo su cuello dobleguen,
Las campiñas con sangre se rieguen,
Sobre sangre se estampe su pie.

Y sus templos, palacios y torres
Se derrumben con hórrido estruendo,
Y sus ruinas existan diciendo:
De mil héroes la patria aquí fué.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Si á la lid contra hueste enemiga
Nos convoca la trompa guerrera,
De Itutbide la sacra bandera
¡Mexicanos! valientes seguid.

Y á los fieros bridones les sirvan
Las vencidas enseñas de alfombra,
Los laureles del triunfo den sombra
A la frente del bravo adalid

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Vuelva altivo á los patrios hogares
El guerrero á contar su victoria,
Ostentando las palmas de gloria
Que supiera en la lid conquistar.

Tornaránse sus lauros sangrientos
En guirnaldas de mirtos y rosas,
Que el amor de las hijas y esposas
También sabe á los bravos premiar.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Y el que al golpe de ardiente metralla
De la patria en las aras sucumba,
Obtendrá en recompensa una tumba
Donde brille de gloria la luz.

Y de Iguala la enseña querida
A su espada sangrienta enlazada,
De laurel inmortal coronada
Formará de su fosa la cruz.

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Patria! ¡patria! tus hijos te juran
Exhalar en tus aras su aliento
Si el clarín con su bélico acento
Los convoca á lidiar con valor.

¡Para tí las guirnaldas de olival
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para tí de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

*Mexicanos, al grito de guerra
El acero aprestad y el bridón,
Y retiemble en sus centros la tierra,
Al sonoro rugir del cañón.*

Letra de Francisco González Bocanegra.

El autor de la inspirada música del himno que acabáis de leer, fué el maestro don Jaime Nunó, que vió la luz primera en septiembre de 1825, en San Juan de las Abadesas, Provincia de Gerona, Reyno de España.

En 12 de noviembre de 1853, siendo Presidente de la República el general don Antonio López de Santa Anna, el Ministerio de Fomento convocó un certamen ofreciendo un premio, según su mérito, á

la mejor composición poética que fuera constantemente el HIMNO NACIONAL, y que había de ser calificada por una junta de literatos, nombrada para este caso. Otro premio se destinó, en los mismos términos, á la mejor composición musical para dicho himno, extendiéndose, en consecuencia, la convocatoria á los profesores del arte.

En 3 de febrero de 1854, el Diario Oficial declaró que de las veintiseis composiciones poéticas presentadas á la Secretaría de Fomento, había sido calificada de mayor mérito por el jurado respectivo, la del señor don Francisco González Bocanegra.

Este poeta no tuvo primeramente intenciones de entrar al concurso, pero su entonces prometida esposa doña Guadalupe González del Pino y Villalpando, lo impulsó á la lid literaria, y viendo que no podían nada sus instancias, lo secuestró en una de las piezas apartadas de su casa habitación, previniéndole que no alcanzaría su libertad sino hasta terminar las deseadas estrofas.

“Y González Bocanegra se resigna; y concentrando el fuego de su inspiración, creado y mantenido por los dos ideales

de su vida, la patria y sus amores, hace brotar ardientes y amorosas, impregnadas de entusiasmo y de ternura, las inmortales, estrofas de su himno!

“Por eso en ellas cantá las glorias de la patria, al par que las dulzuras inefables del hogar, y recuerda al guerrero vencedor las caricias de la esposa y de las hijas, á la vez que ofrece al moribundo una fosa sombreada por la enseña nacional.”

En cuanto á la marcha para el himno, en su oportunidad nombró el citado Ministerio de Fomento la comisión que debía conocer del asunto, y le pasó las quince composiciones que había recibido, para que las examinase. La expresada comisión calificó en primer lugar y digno de adjudicársele el premio, el himno que tenía por epígrafe DIOS Y LIBERTAD, por lo que la Oficialía Mayor de Fomento publicó un aviso para que se presentara á la Secretaría del ramo la persona que había compuesto el mencionado himno, comprobando debidamente ser el verdadero autor.

Presentóse don Jaime Nunó, comprobó lo que se le exigía, y en 12 de agosto de 1854 se le declaró á nombre de S. A. S. el general Presidente don Antonio López

de Santa Anna, autor del Himno que el Gobierno adoptó como Nacional.

La junta cívica nombrada para organizar las festividades nacionales de septiembre de ese año, dijo en su programa que el día 15 á las siete de la noche, se reuniría la junta en el Gabinete del Gobierno del Distrito, se dirigiría al Teatro de Santa Anna, seguida de una Compañía de Granaderos de infantería, con música, y que luego que llegaran SS. AA. SS. se cantaría allí el Himno Nacional; pero por causas que se ignoran, no se cumplió el programa en la parte relativa al himno, que no llegó á cantarse por primera vez, sino la noche del sábado 16 de septiembre de 1854, y en el Gran Teatro de Santa Anna, llamado después Teatro Nacional. (1)

*
* *

“Todo buen ciudadano debe conocer el himno de memoria, como el bendito, y recitarlo en todas las solemnidades patrias, al salir el sol, en la casa rodeado de la familia, en las plazas, en las calles, y en las escuelas, etc.

“Cuando la nación pelagra en su esta-

(1) Estos apuntes fueron extractados de las “Notas históricas, biográficas y descriptivas,” publicadas por el Ing. Jesús Galindo y Villa en los “Anales del Museo Nacional”

bilidad y se canta el himno, todos los corazones de sus nobles hijos deben retemplarse y al son de las músicas militares marchar contentos al combate, dispuestos á rendir heroicamente la vida y derramar hasta la última gota de sangre. Y si en el momento difícil de la pelea, cuando vuestros compañeros caigan sin cesar y las filas de vuestra compañía vayan quedando sin soldados, entra la desmoralización y algunos, los más medrosos, se ocultan ó se retiran; vuestros oficiales muertos ó heridos, van también desapareciendo y todo parece peligrar, si en ese momento solemne oís que la banda de música de vuestro regimiento toca el himno, es vuestro deber volver cara al enemigo y embestirlo furiosamente, cruzando con él vuestras bayonetas hasta rendirle ó sepultarle para siempre. Y, si á pesar de todo ello, la victoria no se consigue, habréis cumplido con vuestro deber y el enemigo habrá sufrido un escarmiento, porque también las derrotas escarmientan y dan al enemigo la medida exacta de los sacrificios que tendrá que hacer para salir victorioso de la campaña.” (Cartilla Militar, por el Gran Estado Mayor del Ejército de la República Argentina, pág. 112.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE

	PAG.
Opinión de "El Imparcial" acerca de este libro	1
Prefacio	5
Guerra de Independencia	10
Soldado que intenta salvar á sus compañeros	14
Soldado que se apodera de una batería enemiga	15
Un soldado que sirve de cureña	18
Joaquin Ruiz asistente del General Don Ramón Rayón. Abnegación.	19
Servicios eminentes	22
El Soldado Faustino Castañeda	25
Dos Soldados y un Artillero en el sitio de Cautla	28
Soldado que mata al Coronel Realista Hevia	32
Invasión Norteamericana. Vuelve por su bandera	37
Lo que es la bandera	40
Camaradas de combate	41
Valor temerario	48
El Sargento Liberato Cruz	52
Caridad Militar	54
Fraternidad Militar	57
Fidelidad Heroica	60
Guerra de Religión y Fueros. Alardes de Valor	66

Estratagema	69
Sargento que muere con un valor extraordinario	74
Guerra de Intervención Francesa. Por la bandera	77
Dos heridos que siguen batiéndose	80
Culto á los Héroeos	85
Centinela que permanece en su puesto, en población ocupada por el enemigo	97
Mujeres Heroicas	101
El Soldado Salomé Osorio	104
Entereza ante la muerte	106
Un niño que imita á Pipila	107
Dignidad Militar	110
Odio al Invasor Extranjero	112
Abnegación de la clase de tropa en campaña	115
Cabo Cuarto, estoy desarmado	119
Acción Heroica de un Marino Mexicano	123
Máximas	126
De los buenos soldados	127
Una opinión acerca de los soldados mexicanos	129
Traición á la patria	129
Del valor	132
Militares de honor	134
El imperio sobre sí mismo	137
De la disciplina	140
Sublime rasgo de disciplina	143
Lo que es la patria	146
Al Soldado. Máximas y Preceptos	148
Himno Nacional Mexicano	151



CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

U A N L
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



10